

ADMINISTRACION  
LÍRICO-DRAMÁTICA.

---

**HERODES.**

---

DRAMA BÍBLICO EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

DE

D. RAMON FRANQUELO Y MARTINEZ.

---

SEGUNDA EDICION.

---

MÁLAGA.

---

Correo de Andalucía.

1872.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

RECORDS

**HERODES.**



# HEROIDES.

DRAMA BÍBLICO EN CINCO ACTOS,

ESCRITO EN VERSO

POR

D. Ramon Franquelo y Martinez.



MÁLAGA.

Correo de Andalucia.

1872.



**À LA INOLVIDABLE MEMORIA**

DEL VIRTUOSO ANCIANO

**D. NARCISO FRANQUELO Y SOLERO,**

COMO RECUERDO INDELEBLE DE RESPETO Y CARIÑO,

de su hijo

RAMON.





Hace diez años y muy fresco todavía un tristísimo suceso de familia, improvisé casi este drama y lo di al estinguído teatro del Príncipe Alfonso.

Quizá debido à mis leales y francas esplicaciones, lo acogió el público con una indulgencia que todavía no he agradecido bastante; pero sobre la escena conocí los gravísimos defectos de que adolecía.

Desde entonces medito sin cesar su refundición; pero me he convencido al cabo que es mucho más fácil hacer de nuevo que reformar y mejorar lo malo.

Por eso me he limitado à reducir su acción à cinco actos, variar algunas escenas y diálogos, y de este modo será menos enojoso y acabará más pronto lo que carece de mérito y condiciones de impresión y agradable entretenimiento.


Así es que reproduzco íntegras hoy las palabras y sinceras protestas con que en 1862 hice la historia de esta obra, solicitando la inagotable benevolencia del público.

«Mi intención—dije entonces,—es manifestar de una vez para siempre que no tengo pretensiones con este drama; que no queriendo hacer unos Coloquios, se encontrarán en él, sin embargo, algunos episodios de estos y reminiscencias tal vez de otras comedias consagradas al propio asunto, porque lo que se funda en unos mismos hechos y en una tradición misma, por fuerza ha de tener parecido: conste, no obstante, que si he imitado no he querido imitar, y que deseando solo delinear la INMORTAL figura de Herodes I, de ese hombre DE PASIONES Y TORMENTAS Y DE INSTINTO DE TIGRE, QUE EN MEDIO DE SUS ACTOS DE VIOLENCIA ESPERIMENTABA LA NECESIDAD DE SER AMADO, como dice Orsini, me he atenido con preferencia à la HISTORIA DE MARIA, MADRE DE DIOS, escrita por este abate, con una vasta riqueza de eruditas notas que han servido admirablemente à mi propósito.»

Así lo escribí en aquella memorable época, y así lo repito hoy con igual franqueza y el propio sentimiento.

Noviembre de 1872.

**R. Franquelo.**



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

Voz fué oida en Ramá, lloro y mucho lamento: Rachel llorando sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son.

(JEREMIAS.—Citado en el Evangelio de San Matheo, cap. II, vers. 48.)

---

Herodes extranjero, invadió el Reino, violó el sacerdocio, confundió el órden, cambió las costumbres, despreció los ancianos, inficionó á los jóvenes, trastornó las tribus, abolió los distintivos, corrompió los linages y arrancó hasta los fundamentos de toda disciplina divina y humana.

(SAN PEDRO CRISÓLOGO.)

---

Para invocar el nombre de Dios se emplean en este drama, además del ya dicho, los hebreos de Jehováh, Jehon, Adonái y Ehyéh.

Tambien se citan monedas de aquella época como el as, sestercio, talento, etc.

---

Siempre que se dice derecha é izquierda, entiéndase la del actor.

---

Todos los versos que van indicados con esta señal \* deben suprimirse en la representacion.

---

NOTA.—La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

PERSONAGES.

ACTORES.

RAQUEL. . . . .	D. <sup>a</sup> DOLORES BAENA.
REBECA. . . . .	D. <sup>a</sup> LUISA MORILLA.
ESTHER. . . . .	D. <sup>a</sup> CÁRMEN GENOVÉS.
MARIA. . . . .	D. <sup>a</sup> JUANA MONDÉJAR.
SOBÉ. . . . .	D. <sup>a</sup> OCTAVIA RUBIO.
HERODES—el Grande. . . . .	D. RAFAEL CALVO.
ALEJAS, su hermano político y favorito. . . . .	D. RICARDO GUERRA.
JUSEPE, pastor. . . . .	D. JOSÉ SANCHEZ ALBARRÁN.
JACOB, id. . . . .	D. DONATO GIMENEZ.
ISAC, rabadan. . . . .	D. RICARDO CALVO.
HEMOR, gefe de la guardia de Herodes. . . . .	D. JOSÉ CALVO.
GASPAR,—60 años,—mago y astrólogo de la Mesopotamia. . . . .	D. MANUEL GONZALEZ.
BALTASAR,—40 años,—id. id. de la Arabia feliz. . . . .	D. JOSÉ R. CAPILLA.
MELCHOR,—20 años,—id. id. de Persia. . . . .	D. ROMUALDO ROMERO.
MUGER 1. <sup>a</sup> . . . . .	D. <sup>a</sup> ANGELA CAÑETE.
MUGER 2. <sup>a</sup> . . . . .	D. <sup>a</sup> ADELINA RUBIO.
UN ÁNGEL. . . . .	D. EDUARDO CASTILLO.

Adán, Eva, Noé, Patriarcas, Profetas, mugeres, niños, ángeles, centuriones; doctores, israelitas, romanos, etíopes, tracios, germanos, esclavos y pastores de ambos sexos, ninfas, levitas, persas, árabes, pueblo etc.

NOTA.—Gaspar, venerable anciano de blanco y largo cabello, barba prolija; viste amarillo, sobre-todo nacarado y calzado violeta,—sandalias;—capucha blanca ceñida á la cabeza, con corona encima.

Baltasar, barba cerrada, color cohrizo (no negro); viste de rojo, con adornos blancos, calzado amarillo de sandalias, turbante pequeño de varios colores, con corona id.

Melchor viste túnica azul, sobre-todo de color de miel. calzado azul,—sandalias,—matizado en blanco; capucha de dos colores ceñida, con corona id.

Los tres ciñen magníficos cinturones y BAZUBENDS ó brazaletes por encima del codo, llenos de piedras preciosas.

---

# ACTO PRIMERO.

---

Valle de la Torre de Eder en las cercanías y al norte de Bethlen: forma en el fondo dos colinas á derecha é izquierda, de modo que el centro es una cañada donde se vé un arroyo de agua helada, cuya cinta baja á perderse entre bastidores: en lo alto de la colina derecha una torre corpórea de la época, medio destruida, y en ambas, árboles, cepas, arbustos diversos, todo despojado de sus hojas y cubierto de nieve: en medio de la colina de la izquierda una planicie circular al lado de la cual hay una palmera, cuyas ramas caen sobre la planicie: colgadas del árbol varias pieles y al lado un cobertizo pequeño de ramas, como para guarecerse de la intemperie: la parte primera del escenario forma una gran esplanada con árboles, también deshojados y cubiertos de nieve, así como el terreno y tejado de una cabaña rústica que avanza fuera á la izquierda un tanto proporcional, con ventana y puerta practicables: arriba y abajo y formando grupos en distintos puntos carneros y ovejas entrelazados y durmiendo: es de noche.

## ESCENA I.

Antes de levantarse el telon habrá comenzado por la orquesta un nocturno, obligado de tamboril y flauta, el cual termina al levantarse el telon: en seguida se oye muy á lo lejos el siguiente coro, acompañado de flautas y otros instrumentos análogos.

CORO.

Que duerman los pastores  
y duerman las zagalas  
y callen los carneros  
durmiendo en el redil:

Que alegres por el campo  
daremos á la noche  
en plácidos cantares  
el gozo juvenil.

(Apenas comenzado el coro, detrás de la torre y asomando la cabeza, se ven á ALEJAS, HEMOR, y un soldado romano, sin armas, como en observacion. JUSEPE, envuelto en pieles está recostado en la planicie de la colina y al parecer durmiendo; tiene á su lado el cayado, morral y demás atavíos de un guarda de rebaño: la cabaña cerrada.)

ALEJAS. ¿Duerme el pastor?

HEMOR. Tal parece.

ALEJAS. La choza, segun distingo,  
está cerrada.

HEMOR. En efecto,  
no te engañas.

ALEJAS. Pues preciso  
es bajar.

HEMOR. Lo que me ordenes.

ALEJAS. Descendamos con sigilo  
sin despertar á ese mozo:  
no te muevas de este sitio (al romano.)  
ojo siempre á la vereda,  
á la llanura, al camino:  
y si oyes pasos, si alguno  
se acerca, me dás aviso.  
Vamos, Hemor.

(El soldado queda tras de la torre; ambos bajan con cautela, mirando siempre á JUSEPE, el cual, sin embargo, no varía de posicion, aunque dice con voz de miedo.)

JUSEPE. (Huy! que bajan!

adios, tragadero mio,  
que lo perdí...)

ALEJAS. (Abajo.) La ventana  
cerrada tambien, tranquilo

el hogar; no nos conviene  
mover gente ni ruido:  
llama quedo, pide albergue,  
que su pecho es compasivo;  
si sale, hablaré con ella,  
pero en tanto me retiro,  
á fin de que no me oiga  
pues aquí soy conocido...  
Quedo, Hemor, y que no demos  
de quienes somos, indicio.

(ALEJAS se oculta á la derecha entre bastidores; HEMOR llega á la puerta, dá un pequeño golpe con la mano, el cual repite por segunda vez, diciendo á poco.)

HEMOR. Há del hogar! (Con voz un poco ahogada.)

RAQUEL. (Dentro.) ¿Quién demanda.?

HEMOR. Estrangero.

RAQUEL. Bien venido.

¿De qué tierra?

HEMOR. De Samaria.

## ESCENA II.

RAQUEL.—HEMOR.—JUSEPE.—ROMANO.

RAQUEL. (A la ventana ) De lejos vienen.

HEMOR. Preciso.

es cuando ló manda Augusto  
ser obediente á su edicto.

RAQUEL. ¿Y qué pretende?

HEMOR. Descanso

un momento.

RAQUEL. Concedido.

Y además le daré lumbre  
que arrecia esta noche el frio.

(Cierra la ventana: ALEJAS entra precipitadamente aunque de puntillas y dice á HEMOR.)

ESCENA III.

ALEJAS.—HEMOR.—JUSEPE.—ROMANO.

ALEJAS. Déjame el puesto y aléjate:  
dá vuelta por el camino,  
y tomando la vereda  
sube á la torre y al mismo  
lugar donde está el romano:  
y esperadme, que confío  
reducir á esta villana  
tras tanto inútil ahinco.  
Y si esta noche no logro  
rendirla á Herodes invicto,  
mañana con tus soldados  
la llevo á Betzetha y...

HEMOR. Fijo.

Nadie como el mismo rey  
podrá domeñar su brio.

ALEJAS. Sobre todo, gran cuidado  
si ves venir al marido.  
¿Vístele bien?

HEMOR. En las calles  
de Betlhen.

ALEJAS. Pues ojo listo...

Déjame.

(HEMOR sale por la derecha, y á la mitad de  
la escena siguiente se le vé llegar por detrás  
de la torre y unirse al soldado.)

ESCENA IV.

RAQUEL.—ALEJAS.—JUSEPE.—ROMANO.

RAQUEL. (Saliendo con una tosca lámpara romana, que  
coloca en una palometa que hay junto á la  
puerta.)

Pasa adelante.



(Al verlo con un grito ahogado )  
Alejas!!

ALEJAS.

Raquel!

RAQUEL.

Qué trama!...

tú no eres el que ha pedido  
albergue: ¿por qué te hallas  
en este sitio? no era  
esa tu voz!

ALEJAS.

¡Qué te estraña

Raquel: por cumplir de Herodes  
las ánsias multiplicadas,  
acudo á todos los medios:  
he de venir á tu casa;  
y si á mi voz no respondes,  
sinó escuchas mi palabra,  
he de hacer que te hable otro,  
que con su acento te atraiga,  
y que al fin dócil te rindas  
del rey al amor sin tasa.  
No te niegues por mas tiempo,  
que es capaz, si en ira raya,  
hasta de rasgar su púrpura  
y venir á tu cabaña  
y conducirte á la fuerza  
á su palacio entre lanzas.

RAQUEL.

No hará tal: que bien pudiera  
ser víctima de esa hazaña:  
quizá falta un leve empuje;  
quizà una accion sola falta,  
para que una tribu fuerte  
de los árabes que guardan  
en el desierto su encono,  
sobre sus águilas caiga,  
y á nombre de Jehováhi, tome  
de sus perfidias venganza.

ALEJAS.

Raquel, no olvides, que soy  
hermano del rey.

RAQUEL.

Bien hablas,

- señor, mas tambien no olvides  
que soy hebrea y casada.
- ALEJAS. En tierra estás de Judá  
y aquí todas son esclavas.
- RAQUEL. Esclavas de los esposos  
que solo en nosotras mandan:  
\*yo al mio le dí mis votos,  
\*no el de Nedér, que rescata  
\*la ofrenda, sí el de Cherém  
\*que obliga el cuerpo y el alma.
- ALEJAS. Y ¿no sabes que por cosa  
la mas débil y liviana  
puede repudiarte el tuyo?  
Si cueces mal la vianda:  
si de él murmuras...
- RAQUEL. Y bien:  
Pues si eso es así, compara:  
si por causa tan pequeña  
tiene el hombre buena causa  
para repudiarnos, dime,  
¿qué será por otra falta?  
¿Consintieras tú en tu esposa  
lunar que te mancillára?  
¿Olvidas en tu delirio  
de Salomon las palabras?  
«El que conserva á la adúltera  
al lado y no la rechaza,  
pecando contra la ley  
quiere cubrirse de infamia.»  
Márchate, Alejas.
- ALEJAS. En vano  
á la tradicion te abrazas;  
al rey tributo es debido  
y donde está el rey no hay mancha.  
Él te dará tal grandeza  
que otras iguales no haya  
en Persia ni en Palestina.
- RAQUEL. Me sobra con mi cabana,

ALEJAS. Tus ropas serán en telas  
y en valor, las mas preciadas:  
\*cien redecillas de perlas;  
\*cintos de oro y esmeraldas;  
\*y en arcos de pedrería  
\*y diamantes las tiaras.

RAQUEL. Bástanme, señor, el dote  
que Isac me trajo á mi casa,  
mi ceñidor y mi túnica,  
y mi paz y fé del alma:  
\*no he menester brazaletes,  
\*ni púrpuras ni otras galas,  
\*ni cadenillas de oro  
\*taraceadas de plata:  
con mi humildad y mi honra  
vá mi vanidad mas alta.

ALEJAS. En la vida de tu hijo  
brillarán las esperanzas;  
nodrizas tendrá que cuiden  
de su cuna y su lactancia.

RAQUEL. \*No hay mugéres en Judea  
\*que dén sus hijos á estrañas  
\*manos; ¡mal haya la madre  
\*que se dispensa esta sacra  
\*obligacion de su vida!  
\*esta ley de sus entrañas!  
\*Raquel no imita á Rebeca  
\*ni á Mifiboseth.

ALEJAS. Esclavas  
\*tendrás que te aromen toda,  
\*que acudan á tu palabra,  
\*para que en dulce molicie  
\*pases la vida en tu estancia.

RAQUEL. En vano, señor, te esfuerzas:  
jamás me plugo la holganza;  
\*y cuando la esposa é hijas  
\*de Augusto César trabajan  
\*en su palacio de Roma

\*lo mismo que sus vasallas,  
\*no debemos ser mas que ellas  
\*nosotras sus tributarias.

ALEJAS. ¿Con que no te ciega el lujo,  
la riqueza?

RAQUEL. *Pompa vana.*  
Ganado con honra, todo:  
comprado por honra, nada.

\*El sol ocultó de horror  
\*su lumbre brillante y clara  
\*cuando el pecado de Eva,  
\*y en memoria de esta falta  
\*el sábado las hebreas  
\*encendemos una lámpara...  
\*dile, pues, al rey Herodes,  
\*que á Raquel no se le pasa  
\*jamás encender la suya,  
\*y que mientras viva y arda  
\*mal puede querer pecado  
\*quien aquel así rechaza...

Mugeres hay en Sebaste,  
en Babilonia y Arabia,  
de real linage, que acudan  
á complacer su demanda;  
vé, pues, y deja tranquilas  
en su choza á las villanas.

ALEJAS. Para el rey no hay mas estirpe  
que la hermosura: sus ansias  
como las de Salomon  
con la belleza se ecsaltan:  
pobre labradora era  
Sulamites y se casa  
con el hijo de David:  
y humilde tambien Mariana  
subió al trono de Judea  
por su belleza estremada.

RAQUEL. Bien, Alejas, no prosigas  
que no hay aquí semejanza

entre ambos casos: tenia  
Salomon, cuando eso hablas  
apenas treinta y dos años,  
en que el amor avasalla  
aun; pero Herodes tiene  
cincuenta y nueve, y no calma;  
ambas doncellas, propicias;  
yo resistente y casada.  
Soy de Isac, y pues no puedo  
faltar á la fé del alma,  
márchate Alejas, y cuenta  
no venga, pues ya se tarda;  
no le demos pesadumbre  
que sospecha tu demanda.

- ALEJAS. Pero, inútil todo?  
RAQUEL. Todo.  
ALEJAS. Nada hay que te ablande?  
RAQUEL. Nada.  
ALEJAS. Ni la esperanza?  
RAQUEL. Tampoco.  
ALEJAS. ¿Ni los diamantes ni el ámbar,  
ni la púrpura de Tiro?  
RAQUEL. Vete ya, Alejas, y acaba.  
ALEJAS. ¡Oh! que te pierdes!  
RAQUEL. No importa.  
ALEJAS. Valor tienes.  
RAQUEL. Fé sobrada.  
ALEJAS. Yo la domaré.  
RAQUEL. Imposible.  
ALEJAS. Soy poder.  
RAQUEL. Y yo muralla.  
ALEJAS. Me retas?  
RAQUEL. No, me defiendo.  
ALEJAS. El rey Herodes te ama  
y has de ser suya de grado  
ó por fuerza.  
RAQUEL. Pertinacia  
inútil.

ALEJAS.

Quizá esta noche  
que por estos valles anda  
en pos de fieros bandidos,  
se aprocsime á tu cabaña  
y entonces..

RAQUEL.

(Jadeante.) Qué hará?

ALEJAS.

Indignado

con esa altivez liviana,  
hacer que tracios te lleven  
á su palacio entre lanzas.

RAQUEL.

(Repuesta.)

Que vengan, pues, cuando quieran,  
que aquí Raquel les aguarda.

Pero, Alejas, entretanto

vé con Jehováh. (Demostrándole el cami-  
no, le vuelve la espalda y se dirige á la ca-  
baña.)

ALEJAS.

(Amenazante y con ira reconcentrada.)

Por mi alma!

oh! verás que ni tus brios  
ni tu belleza te salvan.

RAQUEL.

(En la puerta.)

Ay! que Isac no los encuentre;  
que á mí, con mi honor me basta.

(ALEJAS sube al monte y haciendo una se-  
ñal á los suyos, desaparece con ellos.)

## ESCENA V.

JUSEPE se incorpora lentamente, vuelva la cabeza hácia la torre y viendo que han desaparecido ALEJAS y los soldados, toma el cayado y morral, se pone de pié y baja la colina, con aire miedoso y haciendo aspavientos estúpidos.

JUSEPE.

Ma quedao pititieso!

miste lo que he descubierto!

que el ama quiee á su marido

mas que al rey... no sabia yo eso!...

Y con qué pretuberancia  
la dicho—«chiton y vete:»—  
pus si nó entiende el cachete  
tiene fina la irnorancia.  
Aunque yo no me he movido,  
como oia, de rechazo  
temia que de un sablazo  
me cortáran el oido.  
Y á la tierra me agachaba,  
aguardando argun percance,  
y pa divitar un lance  
no dormirne percuraba.  
Que si duermo... no hay manera:  
yo que me queo como un tronco  
y ronco mas!... ay! si ronco  
me queo sin la ronquera.  
(Haciendo señal de que le cortaban el cuello.)

### ESCENA VI.

JUSEPE—JACOB, (que aparece cautelosamente por detrás  
de la palmera.)

JACOB. Jusepe, ¿estás solo?

JUSEPE. No. (Con aspavientos  
de miedo y volviéndole la espalda.)

JACOB. Pues ¿quién te acompaña?

JUSEPE. Un miedo  
tan grande que ya no puedo  
con él.

JACOB. ¿De qué?

JUSEPE. Qué sé yo!

JACOB. ¿Ha habido lobo?

JUSEPE. No, zorro.

JACOB. ¿Zorro? ¿Estás loco?

JUSEPE. (Lo digo?)

JACOB. El zorro es chico enemigo  
y no ha menester socorro

- contra su diente el ganado.  
JUSEPE. (Dirigiéndose á el con misterio.)  
Es que aquí ha poco ha venido  
un zorro muy atrivido  
con un diente mu afilado.  
(Haciendo demostracion de la espada.)  
JACOB. El hermano del rey?  
JUSEPE. Sí.  
¿quién te lo ha dicho? (Asombrado.)  
JACOB. Lo sé;  
casi á su lado pasé,  
cuando venia hácia aquí.  
JUSEPE. ¿Y no ta cortao el piscuezo  
oye?  
JACOB. Y dí, qué ha sucedido?  
¿á quién habló ¿á qué ha venido?  
JUSEPE. Si así priguntas, no empiezo:  
pero jura con la mano  
sobre la porra que er pico...  
(Plegándose los labios.)  
JACOB. Vamos, te ¿esplicas?  
JUSEPE. Me isplico,  
pero no jures en vano.  
Sobre todo el rabadán  
que no sepa este timulto,  
porque sinó del insulto  
le dará un sopito-pan.  
JACOB. ¿Acabas de hablar ó no?  
JUSEPE. Vino el hermano del rey,  
(Con ademanes de secreto.)  
y sin mas Dios ni mas ley,  
dijo al ama—aquí estoy yo.  
Y le dijo que su hermano  
estaba muerto por ella  
de afeto y presopopeya:  
y ella contestó—tirano!!  
y él riplicó—pues disponte  
que vas á ser principesa:



y ella dijo—Buena es esa:  
estoy mejor en mi monte  
que en palacio; y él ripuso  
con mucha fisulofía,  
—Pús mira que no hay tu tia  
que Herodes está confuso.  
Y ella añidió—no lo aceto:  
en esto Alejas se irrita,  
abre mas la boca y grita  
y hasta le falta al rispeto.  
Y ella dijo,—aunque me amarre  
Herodes, no me conquista;  
con que, pues, y hasta la vista:—  
y él dijo sóo y ella jarre.  
Y entre el jarre y entre el jirri,  
que tanto al caso inquivale,  
si me hubien sangrao, me sale  
en vez de sangre, agua chirri.

JACOB.

(Pensativo.)

Con que el rey así atropella?..  
y al fin?...

JUSEPE.

Se fué.

JACOB.

Desabrido?

JUSEPE.

Sí, yo creo que se ha ido  
endisponido con ella.

JACOB.

Pues bien, Jusepe, te encargo  
que Isac no sepa ni un punto...

JUSEPE.

Callaré como un defunto  
que está tendió á lo largo.  
El ama! (Mirando adentro.)

JACOB.

Vete.

JUSEPE.

No peca  
mi gusto con la salida;  
y pus me echa, de corrida  
voy á buscar á Rebeca.

ESCENA VII.

RAQUEL.—JACOB.

RAQUEL. (Saliendo.) Ah! Jacob ¿has despertado?

JACOB. Sí... no dormía... estaba ahí  
medio en vela... (á ver si así  
me cuenta lo que ha pasado.)

RAQUEL. Pero ¿eras tú?

JACOB. Ya lo creo...  
y he visto...

RAQUEL. Negra perfidia!

JACOB. Cuando es desigual la lidia  
vencer es mayor trofeo.

RAQUEL. Con que lo has visto?

JACOB. Si tal.

RAQUEL. Y habrás oído?

JACOB. Lo oí.

Bien haya muger que así  
rechaza el duelo y el mal.

RAQUEL. Oh! por nuestro bien te ruego  
que ocultes á Isac mi pena;  
mientras el rey me condena  
no turbemos su sosiego.

JACOB. Pero ¿dónde el rey te vió?

RAQUEL. Junto á su palacio un dia,  
y de entonces su porfia  
y su halago no cesó.

Ya un esclavo me persigue  
con presentes y favores,  
y red de torpes amores  
á todas partes me sigue.

Con solicitud estraña  
búscame en Jerusalem,  
y sinó me halla, en Bethlen;  
sinó, en mi propia cabana.  
Anteayer vino un germano

con alardes de violencia;  
y hoy perdida la paciencia  
vuelve á mandarme á su hermano.

Sé que voy á sucumbir...

JACOB. No, Raquel, no puede ser...

RAQUEL. Sucumbir... á su poder,  
y ya en su poder, morir.  
Pero á su amor? su deseo?  
Inútil la empresa fuera,  
y esto Herodes comprendiera  
si fuese Herodes hebreo.

JACOB. (Meditabundo.) Viejo y á los vicios dado  
y en amores aturdido!  
rey tan mal entretenido  
como mal aconsejado!

\* Así á ejemplo de sus dotes

\* sin leyes y sin justicia

\* se venden á la avaricia

\* los príncipes sacerdotes.

\* Así el dolor les ahoga

\* y en sus penas infinitas

\* pagan los pobres Levitas

\* gustos de la Sinagoga.

\* Y al grande haciéndolo chico,

\* se quedan, porque les sobre,

\* con la miseria del pobre

\* y la economía del rico!

RAQUEL. (Interrumpiéndolo.)  
¿Crees tú, Jacob, que vendrán  
por mi firme resistencia,  
y al llevarme con violencia  
mi cabaña arrasarán?

JACOB. Pues dudas tú de esas gentes?  
el rey no mató á Mariana  
su muger, y en lucha insana  
al par mató á sus parientes?  
¿Pues conoce religion  
ni ley ni temor le doma?

Tiene miedo mas que á Roma?

¿Quién obtuvo su perdon?

\*Y dicen los Herodianos

\*que es el Mesías.—Lo niego!

\*no enciende Jelión su fuego

\*en instintos tan livianos.

\*El tiempo se cumplirá

\*y nacerá Aquel Mesías

\*que profetizó Isaias;

\*y ese Bien, el bien traerá...

\*Mas en tanto...

RAQUEL. Te apesáras,

\*Jacob, y doblas mi pena;

\*si el destino me condena

\*sabré morir en sus aras.

JACOB. \*Ya sé que tienes valor;

\*pero hoy del mundo es oficio

\*ornar con laurel el vicio,

\*y la virtud con dolor.

RAQUEL. Y qué hacer?

JACOB. Mala es la suerte.

RAQUEL. Huiremos de aquí.

JACOB. Y adonde?

Para el rey, el que se esconde  
mas pronto encuentra la muerte.

(Óyese á lo lejos musica pistoril que se acerca despues.)

RAQUEL. (Asustada.)

A ver... calla... no hables alto:

siento á lo lejos ruido:

desde que el bien he perdido

siempre estoy en sobresalto.

JACOB. Me parece... (Poniendo el oido.)

apuesto un as

á que allí Jusepe viene.

RAQUEL. Tal vez: buen oido tiene

el pastor.

JACOB. Ya lo verás.

- RAQUEL. Lo percibo... no hubo dolo;  
flauta, pandero, añafles  
y cantares pastoriles:  
entonces no viene solo.
- JACOB. Él que de festivo peca  
se habrá con otros reunido...  
ya se acercan... ¡mal sonido!  
oigo la voz de Rebeca.
- RAQUEL. Pues ya del sueño reniego:  
el Señor nos dé su amparo:  
pasamos la noche en claro:  
donde ella está, no hay sosiego.
- JUSEPE. (Dentro.) Jacob.
- REBECA. (Idem.) Raquel!
- MUGERES. (Idem en confusion.) Aquí estamos.
- JACOB. Vienen pocos!
- RAQUEL. Gente moza  
que con nada se alboroz.
- JUSEPE. (Idem.) Ya llegamos.
- REBECA Y OTROS. (Idem.) Ya llegamos.
- JACOB. Verás que con el bullicio  
de esa loca zarabanda  
el ganado se desbanda.
- RAQUEL. Pero ¿quién los mete en juicio?  
Recíbelos tú un instante:  
pronto vuelvo. (Entra en la cabaña.)
- JACOB. Tarda poco  
que para volverme loco  
tengo con ellos bastante.

### ESCENA VIII.

JACOB—y en seguida—REBECA,—JUSEPE,—pastores de  
ambos sexos, niños y adultos: traen flauta, rabel, pandero,  
zambomba y otros instrumentos:—RAQUEL á poco.  
Murmullo, broma y palmoteo al entrar todos empujando  
á JUSEPE.

REBECA. Entra, Jusepillo y viva!

- Mucho timurto, muchachos.  
TODOS. Alegría! Alegría!
- REBECA. Bueno!  
Asin, los brazos por alto;  
que estoy llena de rabillos  
de salamanquesa y sapos  
y me pillan toito el cuerpo  
dende arriba jasta abajo.  
Jusepe, grita que viva!
- JUSEPE. Que viva doscientos años  
y un mes y catorce sigros...  
(A Jacob.) (regorvieron los sordaos,  
oye?)
- JACOB. (Calla.) Y quietecitos  
que asustar vais el rebaño.
- REBECA. Que se asuste, y si se escapa  
gorveremos á juntarlo;  
recabal, que para eso  
tengo dos piés y dos manos,  
y un cuerpo y una cabeza...
- JACOB. Pero ¿qué pasa?
- REBECA. No es malo  
lo que pasa: que en la choza  
no hay ni tan siquiera un ramo  
para calentarse y dijo  
este borrico, mi hermano...
- JUSEPE. Y esta es mi hermana.
- REBECA. Pus mira,  
vámonos casa del amo  
que allí mos darán legumbre,  
ú sinó cinco ó seis palos  
y encenderemos candela,  
y tú veras como entramos  
en calor. (Raquel aparece en la puerta )
- JUSEPE. El ama, el ama.
- REBECA. Viva Raquel!
- TODOS. Viva!
- RAQUEL. Cuántos!

¿Dónde vais con tanta bulla?

JUSEPE. Toma! vinimos...

REBECA. Es claro;

á vesitarte y traerte  
panecillos y agasajos:  
y vamos á hacer muñuelos.

RAQUEL. Me alegro.

REBECA. Pnes limpia el cazo.

Viva Raquel! es mas güena  
que las mieles.

JUSEPE. Mas que el asno

de Zacarias que anda  
dos leguas en cinco años.

REBECA. Mira tú, que no seas simple,  
lo oyes tú? que no es esato  
comparar á las mugeres  
con animales.

JUSEPE. Pus callo;

pero no callo, que tengo  
esta noche un ringo-rango  
en las tripas que parece  
que he comio escarabajos  
vivos.

(Aparece Isac en lo alto del monte por detrás  
de la torre.)

RAQUEL. Isac, Isac viene:  
por la torre asoma.

JUSEPE. El amo!

Viva el rabadan!... Rebeca,  
y todos moved las manos,  
(En ademan de que toquen los instrumentos.)  
y á recibirlo en volandas.

REBECA. Vamos todos.

PASTORES. Vamos.

JUSEPE. Vamos.

(Agitan los instrumentos con sumo alborozo.)

ISAC. (Desde el monte.)

¿Qué sucede? ¡Cuánta gente!

¿Se está de fiesta, muchachos?  
¿Cómo á media noche?...

REBECA. Toma!  
que vinimos y aquí estamos.

### ESCENA IX.

Dichos—ISAC—trae una cesta cubierta con hojas de palmera y un odre egipcio que se supone lleno de vino.

RAQUEL. (Recibiéndolo.) Oh mi Isac.

ISAC. Qué ¿me he tardado?

Raquel mia, buen amigo.

JACOB. El cielo venga contigo,  
rabadan.

RAQUEL. Qué me has comprado?

ISAC. (Entreabriendo la cesta.)

Higos, dátiles y nueces,  
panecillos de cebada

y un vinillo!... (Demostrando el odre.)  
que ahí es nada!...

lo probé cinco ó seis veces.

JUSEPE. Mañífico!

REBECA. A ver, á ver...

¿Es dulce?

ISAC. (Con bondad.) No seas curiosa.

REBECA. Mejor dijeras golosa.

ISAC. Uno y otro es la muger.

(A Raquel.) Y mi Abraham? Ya dormido  
por supuesto.

RAQUEL. Sin reproche.

Apenas viene la noche  
no dá ni el menor ruido.

(Ecsaminando la cesta.)

Y hay mucha gente en Bethlen?

ISAC. Que si hay? que ya no se cabe:  
en mesones no se sabe  
las personas que se vén.



Y en los caminos? no es cuento!  
caravanas como tropas;  
y véis una y luego topas  
con un ciento y otro ciento.  
Camellos, blancas pollinas  
y caballos soberanos;  
grupos de niños y ancianos,  
y mugeres peregrinas.  
Dichoso empadronamiento!  
bien puede decir Augusto,  
que ha puesto, por darse gusto,  
el imperio en movimiento.

\*No hay en Betlhen ni una casa,

\*ni una choza ni un recinto,

\*que no sea un laberinto

\*de gente y bulla sin tasa.

\*Árabes, negros, hebreos,

\*nazarenos, mercaderes,

\*ancianos, niños, mugeres,

\*esclavos y fariseos.

Y todos en confusion,  
apuntándose los tienes  
con sus personas y bienes  
en el revuelto padron.

Pero he visto cierta escena  
que al corazon me ha llegado;  
estoy aquí y ha pasado  
y aun me acongoja la pena.

RAQUEL. Qué, Isac?

JACOB. Alguna de Herodes.

Algunas de sus maldades  
ó sus muchas liviandades.

ISAC. No es eso; no te incomodes.

JUSEPE. Siempre sordaos serán  
los que le habrán aflejido.

RAQUEL. Pero dí ¿qué ha sucedido?

REBECA. Que lo cuente el rabadán.

(Todos le rodean con muestras de curiosidad.)

ISAC.

Oidme:—Espiraba el dia  
cuando á Betlhen me acercaba,  
viendo la gente que entraba  
ó de la ciudad salia.

Pero fijéme en verdad,  
absorto quizá ó pasmado,  
en el gran meson cuadrado  
que hay fuera de la ciudad.

Y oigo una voz alterada  
que decia:—«Pues es poco!  
no hay una celda tampoco  
siquiera desocupada.»

Llamóme esto la atencion  
y me acerqué y ví afligidas  
dos personas detenidas  
en la puerta del meson.

Tras largo y triste viage,  
cuando pensaban hallar  
término ya á su pesar,  
les negaban hospedage.

No sé por qué; pero ansiosos  
mis ojos, de ellos en pós,  
se fijaron en los dos  
que debian ser esposos.

Ella en pollino montada.  
de cuya silla pendia  
una cesta ya vacía  
y una vasija labrada.

Él á pié, pobre y cargado  
con un saco de vestidos,  
lomos con cinto ceñidos  
y en piel de cabra arropado.

Ella jóven; de estatura  
mediana; el cutis de oro;  
ojos negros y decoro  
en su brillante hermosura.

Nariz perfecta, aguilena;  
de carmin el lábio puro;

sien modesta, y en su apuro,  
aun en su afliccion risueña.  
Él ostentando la marca  
de la honradéz; rostro grave;  
mirada dulce y suave;  
actitud de patriarca.  
Ella con bondad distinta;  
él implorando clemencia:  
ella sufriendo paciencia;  
él anciano y ella en cinta.  
Y el mesonero Cain,  
duro y... ftera! por mi nombre!...  
no sé... vamos, ese hombre  
no puede tener buen fin.

(Murmillos de disgusto entre todos.)

REBECA.

(Haciendo pucheros.)

Mala-sangre, picaron,  
que tales desdichas fragua!  
quiera Dios que en sal y agua  
se le convierta el meson.

JUSEPE.

(Idem.) Eso! asisino, pantera,  
trigue, leon, animal!  
en sal y en agua! Cabal!  
y así morirá en salmuera.

RAQUEL.

Y á dónde fueron?

ISAC.

No sé.

Víles ir en santa calma  
tras un hogar, y mi alma  
con ellos triste se fué.

RAQUEL.

Isac ¿y no preguntaste  
de dónde eran?

ISAC.

Oí.

que de Nazareth.

RAQUEL.

De allí?

Tan lejos! y les hablaste?

JACOB.

\*De Nazareth! una marcha  
\*de cinco dias! Pues digo!  
\*y al final, sin un abrigo

ISAC.                   \*contra el rigor de la escarcha!  
Aun el pesar me reboza  
y contra la suerte clamo;  
de no haber servido á un amo  
me los traigo á nuestra choza.  
Tentado estuve.

RAQUEL.                   ¿Y por qué  
no los tragiste?

ISAC.                   Simpleza!  
De mi humildad y pobreza,  
la verdad, me avergoncé.

RAQUEL.                Pobres esposos!

ISAC.                   En fin,  
Ehyéh que por todos vela,  
verás como los consuela.  
Jacob, vamos al tragin.

REBECA.                Sí; por supuesto; esta es güena;  
estamos aquí un gentío  
de gente, y hemos vinío  
tan solo á llorar de pena.

ISAC.                   Y qué quieres?

REBECA.                Mucho canto  
y baile y...

ISAC.                   Fiesta, ya estoy:  
pues bailad, que yo me voy  
á la majada entretanto.

REBECA.                (Dando saltos de alegría.)  
¿Das licencia? De verdad?  
al aire cada istrumento;  
y el que sepa, en el momento  
que luzca su habilidad.

(RAQUEL en la puerta de la choza, de pié,  
con REBECA á su lado: á la derecha JACOB  
de pié tambien, apoyado en su palo: los de-  
más se sientan todos, unos al pié de la co-  
lina, otros en el llano, otros junto al tronco  
de un árbol: unos tocan, los muchachos can-  
tan, y varios pastores bailan.)

(COPLA: música de la orquesta.)

MUCHACHOS. De Jerusalen me voy  
que no quiero empadronarme,  
pues dicen los centuriones  
que á Roma quieren llevarme.

Ay! madre del alma  
qué susto que tengo,  
que vienen soldados  
y mucho les temo.

ISAC. (En la majada, donde se halla recostado bajo  
la palmera )  
Si Herodes oye la copla  
á Roma os conduce atados.

REBECA. Mejor; iremos; con eso  
tendremos novio romano.  
Muchachos, siga el jaleo  
y la música y el canto.

(COPLA.)

MUCHACHOS. Yo no quiero ir á Betlhen  
que el campo me gusta ahora,  
y me han dicho dos pastores  
que si quiero ser pastora.

Ay! madre del alma  
me mata el contento,  
que yo de pastores  
jamás tuve miedo.

JACOB. Ea, ya basta, que la noche  
vá de mediada y no es caso  
que la velemos.

REBECA. Pues bueno,

levantad y adentro vamos:  
voy á hacer un cuchifrito  
de repetundi: ea, andando  
que Raquel nos dará harina  
y pan y vino y cacharros  
y su aceite.

JUSEPE. Y yo lo frido:  
que pa eso tengo unas manos  
que echan mas jumo!!...

ISAC. Jusepe,  
déjalas ya descansando  
que haces falta en la majada:  
siempre en bulla estos muchachos!  
Jacob, arriba.—Raquel,  
que suba Jusepe el rancho  
que aquí mientras prevendremos  
la lumbre.

REBECA. Vaya el rebaño!  
que afan de conciliabúlo  
con las ovejas.

JUSEPE. Nuesamo  
¿no fuera mucho mas súpito  
mas estuemacal y sano  
vinirnos á la cabaña  
á cenar?

ISAC. Ya estás pensando  
cómo sigues entre faldas:  
yo á la costumbre no falto  
ni á la tradicion, es regla  
y contra regla no mando:  
además que no es posible  
abandonar el ganado.

REBECA. Ea pues, muchachos, adentro.  
jurrio de aquí.

JUSEPE. (A Raquel.) Yo me escapo  
tambien, que es mi conivencia  
llevar y traer el cazo  
de las migas: eh? me isplico?

RAQUEL. Dices bien; pues al despacho:  
entra por ellas.

JUSEFE. (Es fuerte  
que paese que me he casado  
con el hermano del rey,  
sigun lo tengo á mi cargo  
y en la mimoria mitió  
que no puedo disecharlo.)

### ESCENA X.

ISAC.—JACOB,—en la majada,—luego JUSEPE con el  
cazo de la migas.

Oscuro en la sala y el escenario.

ISAC. Húmeda ha puesto la escarcha  
la leña; no apiñes fuego  
que se apaga.

JACOB. No consiste  
en la leña, es en mis dedos  
que no puedo colocarla:  
hace el frio unos progresos  
esta noche...

ISAC. No es estraño:  
Diciembre acaba y es tiempo:  
el veinte y cinco se cuenta  
mañana viérnes.

JACOB. Es cierto.

ISAC. Pero quién le teme al frio,  
Jacob! desde pequenuelos  
somos pastores, y andamos  
en verano y en invierno  
por el monte, y adobados  
nos tienen lo mismo el trueno  
que el sol de Agosto; la lluvia  
que las estrellas.

JACOB. Convengo;  
pero cuando pasan años

- y ya vá uno siendo viejo...  
ISAC. Viejo con cuarenta años!  
JACOB. Ya es de la vejez comienzo!  
ISAC. Jacob, que la lumbre ahogas.  
JACOB. Pues hazlo tú, yo no puedo.  
JUSEPE. (Saliendo con el cazo de las migas )  
Huy! qué güenas! con los ojos  
ya me las estoy comiendo.  
JACOB. Arriba, que esa es la leña  
que le hace falta á este fuego.  
JUSEPE. ¿Está ahí el odre?  
JACOB. A mi lado.  
JUSEPE. Entonces ¡quién dijo miedo!...  
Ya pesa el cazo!  
ISAC. Te pesa?  
Pues pronto dejará el peso.  
JUSEPE. (Llega á la planicie, coloca el cazo sobre unos  
palillos cruzados al lado del hogar y se sienta.)  
Ah! já, já!  
ISAC. Demos principio.  
(Los tres comen alternando en el diálogo.)  
JUSEPE. Sinó fuera por el fresco...  
hace mañífica noche!...  
un poquillo oscura, pero  
muy pronto estará ya claro:  
la luna viene à lo lejos  
alumbrando y...  
ISAC. Que te ahogas,  
Jusepillo.  
JACOB. No comprendo  
cómo se coma y se hable.  
JUSEPE. Pues tú hablas.  
JACOB. Pero ceso  
de comer.  
JUSEPE. Eso consiste  
en que está el gazzate seco  
y pide una bebeura.  
ISAC. Ya diste con el secreto:



cuestion de agua.

JUSEPE. De vino  
querrás decir: dame un tiento.

ISAC. Siendo el mas chico de todos,  
siempre has de ser el primero.

(Le dá el odre.)

JUSEPE. Esta no es cuestion de años;  
es de sed. (Bebe.)

JACOB. Pues siga el ruedo.

JUSEPE. Sabe á... vino.

ISAC. Nada mas?

Venga...

JACOB. Pero á vino bueno.

(Suena una esquila como cuando un cordero  
está echado y se mueve.)

Oye, el manso se ha movido:  
habrá lobo?

JUSEPE. Y con los perros...

ISAC. No importa.

JUSEPE. Pues voy á ver.

ISAC. Desde ahí mismo puedes verlo.

(JUSEPE sube á lo alto de la colina, mira á  
un lado y otro, y por último se fija en el  
horizonte por la izquierda.)

JUSEPE. Zambomba! Jehováh!

ISAC. Qué pasa?

JUSEPE. Me voy á morir de miedo!

(Baja rápidamente.)

JACOB. ¿Qué has visto?

JUSEPE. No puedo hablar!...

el mas extraño portento:

un pájaro todo blanco

tan grande como un carnero,

y echando chispas, que trae

hácia estos sitios el vuelo;

y detrás otros mas chicos

aunque esos vienen mas lejos...

y traen muchos alifafes

- colgando por todo el cuerpo,  
y sables mu enfilaos  
para cortar el piscuezo.
- ISAC. Vamos, Jacob, á Jusepe  
el vinillo le ha hecho efecto.
- JUSEPE. Qué vino! si no es que vino;  
es que viene.
- JACOB. Calla, nécio:  
las aves blancas no cruzan  
por la noche el elemento.  
(Una luz roja empieza á alumbrar la escena.)
- ISAC. ¿Qué es esto? Jacob! ¿no observas?...  
pues ya casi voy creyendo...  
se vá iluminando el monte...
- JUSEPE. Así vereis que no miento.
- JACOB. Es verdad...
- ISAC. Qué maravilla!...
- JUSEPE. Ya llega; nos pega fuego.

## ESCENA XI.

ISAC.—JACOB.—JUSEPE —EL ÁNGEL, con una antorcha encendida en la mano: entra por la izquierda y se posa sobre la palmera, la cual se convierte en una brillante aurora de nubes de colores y luces en cuyo centro se coloca EL ÁNGEL: transformacion rápida al mismo tiempo: las estrellas brillan: toda la nieve ha desaparecido, las cepas, árboles y demás plantas han brotado y se les vé con hermoso verdor: muchas flores por todas partes: el agua de la cañada se liquida y corre hasta perderse entre bastidores: la luna se vá remontando en el fondo: suma animacion al cuadro para que el contraste sea completamente perceptible.—Luz Dumont alumbrá al ANGEL.

ÁNGEL. No temais, que no he venido  
con mision de pena ingrata:  
en una cueva inmediata

el Niño Dios ha nacido:  
envuelto en pobre vestido  
que son sus prendas mejores,  
le encontrareis sin dolores,  
porque el mundo lo celebre,  
reclinado en un pesebre:  
id y adoradlo, pastores.

(La orquesta ha acompañado este recitado con una música suave y melodiosa y al terminar el ANGEL óyese á lo lejos un coro de ángeles que cantan con lá misma orquesta.)

Gloria á Dios en las alturas  
y paz al hombre en la tierra.

(Desaparece el ÀNGEL: solo la palmera vuelve á su estado anterior.—Los pastores se descubren involuntariamente, quedando absortos, poniendo el oido y mirando al cielo.)

ISAC.

Gloria á Dios en las alturas  
y paz al hombre en la tierra!  
¡Cuánto este cántico encierra  
de inacabables venturas!  
Dios bendice á sus criaturas  
y empiezan las profecías  
á cumplirse; nuevos dias  
vendrán de luz y consuelo,  
cuando nos anuncia el cielo  
que ya ha nacido el Mesías.

(Algunos ángeles más llevando tambien antorchas en la mano, atraviesan volando el teatro.)

JACOB.

Más ángeles, más: del mundo  
se ha conmovido la calma,  
y hasta dentro de mi alma  
siento un bienestar fecundo:  
ese Misterio profundo  
mi pecho y mi mente humilla:

ya quiero hincar la rodilla  
para adorar el portento:  
vamos, Isac, al momento  
á ver esa maravilla.

JUSEPE. Yo no sabo lo que pasa;  
ni si es miedo ú alegría  
lo que siento: el alma mia  
con luz del cielo se abrasa:  
si mi memoria ripasa  
lo estupefato que ha visto,  
como esto, nada: ¡qué listo  
se fué el chicuelo volando!...  
vamos, rabadán; andando:  
vamos á adorar á Cristo.

ISAC. Sin detencion. (Levantándose todos.)

JUSEPE. Mas qué es esto?...

Jelión consigo me lleve!  
Isac ¿dónde está la nieve?

ISAC. Qué dices?

(Bajando los tres y mirando al rededor.)

Oh manifiesto

prodigio!...

JACOB. Y se ha derretido  
el arroyo.

ISAC. ¡Qué primores!

JUSEPE. Y mira, mira; hasta flores!...  
el campo se ha trasformido.

ISAC. Pues con tantas maravillas,  
cuando Dios está en el mundo,  
debe, con gozo profundo,  
el mundo estar de rodillas.

(Los tres doblan la rodilla un momento con  
respeto y solemnidad: en seguida exclama  
ISAC con resolucion, levantándose.)

ISAC. A buscar al niño.

JACOB. Vamos.

JUSEPE. Sí, que el busilis me apura  
de contemplar su hermosura.

(Van á salir, cuando se pára JUSEPE y dice:)

JUSEPE. Pero... ¿nada le llevamos?

JACOB. Es verdad.

ISAC. Eso conviene,  
mas somos tan pobres!...

JUSEPE. Toma!

¿te olvidas ya del anxioma?

Cada cual dá lo que tiene.

ISAC. Pues bien, si nó ha de estar mal  
yo un queso y leche le llevo.

JACOB. Yo manteca.

JUSEPE. Y yo lo... apruebo  
y le llevo un recental.

ISAC. Vamos por ello.

(ISAC y JACOB entran un momento en la  
cabaña: JUSEPE se dirige á la planicie y des-  
ata un cordero colocado junto á la palmera.)

Son estas

cosas para la ocasion:...

con toda ginuficion

te voy á llevar á cuestas. (Baja.)

## ESCENA XII.

JUSEPE con el cordero al hombro:—ISAC con un canta-  
rillo tapado, y en una vasija de barro un queso cu-  
bierto con hojas:—JACOB con otra vasija tapada: detrás  
RAQUEL,—REBECA,—pastores y niños.

REBECA. Pero ¿adónde vais?

RAQUEL. Es cierto,

¿qué ha sucedido?

JUSEPE. Una cosa!...

ISAC. Calla!

REBECA. Dí.

ISAC. Es tan prodigiosa  
que á decírtela no acierto.  
Mirad el campo.



el cuerpo derecho,  
que el mio está ya deshecho  
por danzar... y tú, Raquel;  
¿Qué haces? Siempre en batalla  
contigo...

RAQUEL. Nada, te oia.

REBECA. Vamos, tén mas alegría.

RAQUEL. Gozo en veros: pero... calla!...

(Cesa la música de la orquesta que ha seguido muy piano tocando la pastorela hasta este momento: se oye un tanto mas perceptible la música guerrera.)

Jehovah me asista!...

(Mucha viveza en este diálogo.)

REBECA. Qué es eso?

¿tropa en el valle á estas horas?

(Todos se levantan con ansiedad.)

RAQUEL. (Con angustia.)

Vienen aquí!

REBECA. Y lo deploras?

RAQUEL. (Oh!!)

REBECA. Pues si yo pierdo el seso  
por un soldado!

RAQUEL. Me estraña!...

(Y es preciso buscar modos que no sepan...) entrad todos,  
al momento, en la cabaña.

REBECA. Te has puesto en mucho cuidado.

RAQUEL. (Hoy mi fuerza se acrisola.)

REBECA. Y te vás á quedar sola?

RAQUEL. Voy á guardar mi ganado.

REBECA. Y no te dán que temer  
esos soldados aquí?

RAQUEL. Mi deber lo manda así  
y no falta á mi deber.

Entrad y silencio.

(Los empuja suavemente.)

ESCENA XIII.

Ha cesado la música guerrera.—RAQUEL,—á poco—ALEJAS;—luego—HERODES,—HEMOR,—músicos, centuriones, tracios, germanos, esclavos con una litera que colocan en lo alto de la colina:—RAQUEL vá á subir al monte en direccion de la majada, cuando sale ALEJAS por la derecha: dos puntos de atencion muy próximos, pero pianos.

ALEJAS.

El rey

se acerca.

RAQUEL. (Deteniéndose y desde la vereda.)

Venga en buen hora:

fiel esclava y servidora

sabré respetar su ley.

(HEMOR aparece en la cima del monte seguido de los soldados que se van colocando silenciosos en diversos puntos: luego HERODES; los músicos y esclavos con la litera quedan arriba.—HERODES baja lentamente y mirando á todas partes, y solo dice el primer verso cuando ya está cerca de RAQUEL.)

ALEJAS.

Ya te anuncié que esta noche quizá á este sitio vendria, y ahí está.

RAQUEL.

Vana porfia!

ALEJAS.

Suprime todo reproche.

RAQUEL.

(Bajando.) Y qué he de hacer?

ALEJAS.

Agradarle,

que dichas ó males labra.

RAQUEL.

Si hay agrado en su palabra con él sabré contestarle.

ALEJAS.

No desdeñes la ocasion que es de bondad manifiesta.

RAQUEL.

Si él á bondades se apresta buena será mi razon.

ALEJAS.

Y vé que en esta visita



á honrar tu persona viene.

RAQUEL. (Con altivez solemne.)  
Quien honra en su vida tiene  
ni aun del rey la necesita.

HERODES. Altiva está la villana.

RAQUEL. Señor! Mi altivez...

HERODES. Es fiera.

Vigila Alejas, y espera.

(ALEJAS se retira y coloca á la entrada derecha.)

Vas á oirme. (A Raquel.)

RAQUEL. (Lucha insana!)

HERODES. Si hay una vez en la vida  
Raquel, en que dice el hombre  
la verdad, yo por mi nombre,  
la voy á decir cumplida.

Escucha, ¿quieres saber  
por qué con ciego desvelo  
en mi soledad anhele  
el amor de una muger?

Porque todos me abandonan:  
porque en luchas desiguales  
los mismos que ayer leales  
hoy de contrarios blasonan.

\*En vano por bien pensado

\*dí muerte á los Macabeos;

\*á su vez los fariseos

\*la guerra me han declarado.

\*Y los esenios al par

\*imitándoles la idea,

\*en tierra de Galilea

\*ódio se han puesto á sembrar.

Todos al mal decididos  
la existencia me envenenan;  
los persigo, y se me llenan  
los caminos de bandidos.

Y porque no se derroche  
el mal, pues que tanto valgo,

yo mismo tras ellos salgo,  
como he salido esta noche.  
Cada dia hallo un ejemplo  
que avergüence mi decoro:  
ni aun el águila de oro  
han respetado del templo.

\*En vano á atajarlos voy  
\*dando mi apoyo á las artes:  
\*el odio por todas partes  
\*crece mas cuanto mas doy.

No hay ruin que no se desmande,  
y en este revuelto empeño,  
todos me juzgan pequeño  
cuando me llaman el grande.

En mis dolores prolijos  
buscando personas fieles,  
hasta enemigos crueles  
he hallado en mis propios hijos.

Por eso en mi padecer  
no viendo afecto seguro  
en hombre alguno, procuro  
el amor de una muger.

RAQUEL. Pero es posible, señor,  
que si la fé se acrisola  
no te haya dado una sola  
puro y sincero su amor?

HERODES. Siempre tras él, he tenido  
nueve esposás, y ninguna  
acertó á darme fortuna  
en este bien preferido.

\*En vano el deseo creyó  
\*ser el móvil mi persona:  
\*el brillo de la corona  
\*á todas las deslumbró.

\*Una ruda y otra altiva;  
\*esta á ligerezás dada,  
\*aquella en córtes viciada,  
\*una fácil, otra esquiva.

Por eso en esta ocasion  
búscola limpia y sin tilde,  
por mas pobre ó mas humilde  
que sea su condicion.

RAQUEL. Tuvístela ya y fué vana  
la ansiedad de tu deseo.

HERODES. Que la tuve?

RAQUEL. Segun creo,  
hija segunda Mariana  
fué de un sacrificador.

HERODES. Y bien desagradecida:  
por eso en esta partida  
la quiero mas inferior.

RAQUEL. Pues bien, búscala.

HERODES. Y tú eres  
la que anhelo.

RAQUEL. No me avengo  
á creer...

HERODES. Qué?

RAQUEL. Porque no tengo  
las condiciones que quieres.

HERODES. Cómo no?

RAQUEL. Porque en tu afan  
buscas humilde favor...

HERODES. Y bien?...

RAQUEL. (Con suma dignidad.) Y yo soy, señor,  
de la raza de Abrahán.

Raza de muy luengos años,  
de altas y limpias empresas,  
en que, cual yo, hasta princesas  
apacentaron rebaños.

Y pues lo cierto es así,  
tu querella terminó  
connmigo, señor, pues yo  
no soy buena para tí.

HERODES. De todos modos te quiero.

RAQUEL. Además, estoy casada.

HERODES. Y con honradez probada.

- RAQUEL. Hé aquí por qué te prefiero.  
No adivino... si mi honra  
en tan alta estima tienes,  
entonces ¿cómo es que vienes  
á ofrecirme mi deshonra?
- HERODES. No, Raquel, quiero que seas  
mi esposa.
- RAQUEL. Y cómo ha de ser?  
señor, no pueden tener  
dos esposos las hebreas.
- HERODES. Pues á muy poco que estudie  
tu reflexion...
- RAQUEL. No comprendo...
- HERODES. Nada mas fácil: haciendo  
que tu esposo te repudie.
- RAQUEL. (Rechazándole.)  
Señor!... señor, y despues?  
cuando ya tuya me llame  
no tendrás muger infame?
- HERODES. Yo sabré que no lo es.
- RAQUEL. Imposible!... á otras acude:  
mugeres hay en Judea...
- HERODES. Yo no quiero que lo sea  
otra que tú.
- RAQUEL. (Dios me ayude.)
- HERODES. Y basta ya de razones:  
ó vas por consentimiento  
á palacio, ó al momento  
te llevarán centuriones.
- RAQUEL. ¿Y harás, señor, por tu mal,  
que el bien de tus esperanzas  
vaya, cual reo, entre lanzas  
al tálamo conyugal?...
- HERODES. Pues llévete á mi palacio  
tu albedrio.
- RAQUEL. (No hay mas medio...)  
(Medita un momento.)  
(Con resolucion.) Iré.

- HERODES. Cuándo?  
RAQUEL. (Qué remedio!)  
muy pronto.  
HERODES. Piensa despacio  
que no debes engañarme...  
RAQUEL. Si sabes que soy honrada,  
la honradez no falta á nada:  
puedes, señor, esperarme.  
HERODES. Pues entra libre en tu hogar  
que mis desvelos te dejan,  
mientras cuidados me aquejan  
muy lejos de este lugar.  
Y hasta rendirte á mi ley  
con ánsias rudas te espero.  
RAQUEL. (Con un esfuerzo supremo de indignacion.)  
(Muerta mil veces primero.)  
(Entra en la choza.)

#### ESCENA XIV.

Al empezar HERODES á subir el monte,—ALEJAS se adelanta y deteniéndose en la escena dice en alta voz á los soldados.

- ALEJAS. Paso á Herodes!  
HEMOR. Paso al rey!  
(Marcha brillante por la orquesta y los músicos del acompañamiento: ALEJAS sigue á HERODES; y cuando este ha desaparecido con todos los demás, cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Vestíbulo del palacio de Herodes en el barrio Betzetha de Jerusalem. Gran pórtico de columnas de la época, y en el fondo esplendente cortina recamada de oro, y dividida en dos mitades para correr à su tiempo. Sobre dos basamentos ó columnas de caprichosa y riquísima hechura, habrá en uno el águila cesárea de oro, y en el otro una gran tabla con escritura hebráica en fondo de rubí y salpicada de esmeraldas, que figura ser la Tabla de la ley. Queda además al gusto y conocimientos del director de escena exornar este vestíbulo con la mayor riqueza que guste, atendido el lujo oriental del palacio de Herodes, y á que todo ello ha de redundar en mayor brillantez de la transformación.

### ESCENA I.

Cuatro esclavos de pie, inmóviles, al frente.—A la izquierda levitas y otros hombres del pueblo: unos van entrando y otros han formado ya dos ó tres grupos: un poco mas al centro—ESTHER,—MARIA,—SOBÉ—y dos mugeres sentadas en el suelo.—A la derecha varias mugeres sentadas ó de pié.—MUGER 1.<sup>a</sup>—y—MUGER 2.<sup>a</sup>—delante tratan de impedir que otras que van entrando se les antepongan.—Sentados en el suelo y cerca del proscenio—JUSEPE—y—REBECA.—Al levantarse el telon algunas mugeres de la derecha mueven bulla por colocarse delante.

MUGER 1.<sup>a</sup> Nadie pasa; entré primero.

MUGER 2.<sup>a</sup> Qué empeño! Lo mismo yo.

MUGER 1.<sup>a</sup> Me has lastimado este brazo  
con tan tanto y tanto empujon.  
Atrás! (Murmullo en las mugeres.)

JUSEPE. Silencio, berracas!  
Vaya un ganao feroz!  
en ajuntándose cuatro,  
como forman un monton,  
parecen una perrera  
sigun ladran con la voz.

ESTHER. Y tú pareces un lobo  
en lo que ahullas.

MARIA. Simplon.

SOBÉ. Mentecato.

MUGER 1.<sup>a</sup> }  
MUGER 2.<sup>a</sup> } Fuera, fuera.

JUSEPE. (Mirando á un lado y á otro.)  
Todas contra mí? Mejor.  
Ahora lo vereis.

(Vá á levantarse y lo detiene REBECA.)

REBECA. Qué haces?

JUSEPE. Voy á darles una coz.

REBECA. En el palacio, Jusepe?

JUSEPE. Huy! verdá; se me orvidó.

REBECA. Y que vá á salir el rey!

JUSEPE. Siempre la misma cancion!  
que viene el rey! que te come!  
(Ahuecando la mano junto á la boca, aparte  
á REBECA )

esto no es vida, es atroz.

Pus ya podia haberse muerto  
de arfeliche ó sarampion,  
ó haberse marchao á Roma  
por un sigro ú cinco ú dos,  
que esta tierra no es su tierra  
que es tierra de promision,  
y que por allá se quede  
hasta que lo llame yo;  
que á mí mardita la falta  
que me hace el rey.

REBECA. Chiton

y basta ya de simprezas.



- JUSEPE. Lo mandas tú? se acabó.
- REBECA. Y ahora sígueme contando con todo su pormenor aquella vesita al Niño.
- JUSEPE. Sigamos.—Mas de un millon de luces habia en la cueva: qué bonitura y primor! mas de milenta angelitos caa uno de ellos como un sol cantaban unos pitios diciendo ¡viva el Señor! pues y el Niño! qué pintura! si parecia!... qué sé yo, mas alegrete y risueño mirando á tóo al rididor como una presona grande, y daba una confision de verlo, y como rispéuto y jubílo y jasta amor: asin es que en su prisencia cortao Isac se quedó como el que vé chiribitas: tan boqui-abierto Jacob; y yo, la verdá, tembrando toito lleno de emision y de ajogo y riconcomio que se me muó la voz: le dimos nuestro regalo que su padre agradisió con muncha discortesía, y alevantándonos toos mos despeimos al punto por no incomoar, y ar son de las voces y estrumentos dijimos,—ya se acabó: señon José, güenas noches: señá Maria, con Dios.
- REBECA. Y no quisísteis llevarnos?

JUSEPE. También vosotras? que nó;  
aquello es gloria y la gloria  
es solo para el varon:  
las jembras van... á la cárcel;  
y desde que Eva pecó  
ño se cuenta para nada  
con mugeres.

REBECA. Viene Hemor.

JUSEPE. (Zambomba!) (De un salto se levanta y vá  
á colocarse entre las mugeres de la derecha.)

## ESCENA II.

Los mismos:—HEMOR—por segundo término izquierda.

HEMOR. Gente hay bastante...  
Mas ¿qué es esto? Por mi vida!  
sentados y sin respeto  
los miserables levitas!  
de pié todos, y ancha plaza  
(Todos los personages se levantan en silencio,  
colocándose en sus respectivos lados con hu-  
millacion y temor.)  
á la magestad invicta  
del rey Herodes!

JUSEPE. (Despóta.)

HEMOR. Mas atrás, porque no impidan  
el paso de los doctores;  
y pues con ánsia tan viva  
su justicia aquí buskais,  
muy pronto tendreis justicia.

## ESCENA III.

Dichos,—ALEJAS—por la derecha segundo término.

HEMOR. (Saliendo á su encuentro.)  
Señor, volviste del valle?

Viene el rey?

ALEJAS.

Dentro de poco.

Ya dí con los extranjeros  
que han llegado.

HEMOR.

¡Cuánto asombro

demonstró Herodes tu hermano,

al saber que sin rebozo

en donde quieran que paran

preguntan á unos y otros

por el rey recién-nacido!

Sañudo poniendo el rostro

preguntóme:—¿Un nuevo rey?

pues ¿quién soy yo?—Por el trono

de Judá que he de buscarlos,

y puesto que son astrólogos,

me han de decir de ese niño

el pasado y el horóscopo.

ALEJAS.

Son astrólogos y reyes

del Oriente, y traen en torno

numerosa comitiva,

y aun dicen cargas de oro:

vienen haciendo camino

de dromedarios en lomos

y esclavos guardan su sueño

y en tiendas hallan reposo.

Puesto ya en grave cuidado

mi hermauo, al anuncio solo

de sus preguntas, sabiendo

que volvian el recodo

de Anathot, y que por fuerza,

por un camino ó por otro,

habian de llegar al valle

de la Cisterna, azaroso

mandóme allí á recibirlos,

y enterarme de ese modo

del objeto que les trae

desde pueblos tan remotos.

HEMOR.

Y preguntaron?...

ALEJAS. No guardan en sus preguntas rebozo: —«Dónde está el recién-nacido rey de los judíos.»—Absorto quedéme: no tiene Herodes hijos en la cuna: ¿cómo, pues, dar con el niño rey que buscan?

HEMOR. Lance pasmoso! ¿Y por qué se han dirigido á Judea? De que modo aquí piensan encontrarlo?

ALEJAS. Segun refieren atónitos les ha guiado una estrella que desapareció en el fondo del valle.

HEMOR. Serán ardides de guerra?

ALEJAS. Tal vez... lo ignoro. Uno es venerable anciano de Mesopotamia; otro, el de Arabia, trae curtido y casi cobrizo el rostro, y el de la Persia es tan jóven que apenas le apunta el bozo. Y bien?...

HEMOR.

ALEJAS. Prevalido entonces de que el astro misterioso les ocultaba sus rayos, halagando sus antojos, díjeles que aquí hallarian en Jerusalem, el logro de sus deseos; que Herodes consultaría á los doctos príncipes y sacerdotes sobre el nuevo y portentoso nacimiento de ese niño de su reino en el contorno;

y si era cierto, uniría  
á las ofrendas de oro,  
incienso y mirra que traen,  
la suya tambien él propio:  
pero que miéntras tendria  
sumo placer y alborozo  
en darles aquí hospedage  
real y digno de su sόlio.

HEMOR. Y dijeron?...

ALEJAS. Que vendrian.

HEMOR. Faltarán?

ALEJAS. No me acomodo  
á creerlo: ya alzaron tiendas.

HEMOR. Y Herodes...

ALEJAS. Con ceño torvo  
ha juntado á los rabinos  
y demás sábios, y prontos  
le dán en este momento  
de su juicio testimonio.

HEMOR. Por eso demora hoy tanto  
la justicia.

ALEJAS. No supongo  
que tardé mucho: (Mirando á la izquierda.)  
al contrario,  
se acerca ya.

HEMOR. (Dirigiéndose á los concurrentes.)  
Órden en todos.

#### ESCENA IV.

ALEJAS—á la derecha,—HEMOR—á la izquierda,—tracios  
y germanos que se colocan en el fondo delante de los es-  
clavos: tres doctores de la ley que se sitúan delante de los  
guardias.—HERODES—se dirige al centro, con manto de  
púrpura y corona de laurel: cuatro soldados romanos van  
á cubrir las laterales de salida, dos á cada lado.—El pueblo  
queda inmóvil, silencioso y en los sitios que ya ocupaba.

ALEJAS. Empieza el rey su justicia:

demandad.

(Un levita se adelanta un poco, inclinándose con humillacion.)

HERODES. Tu eres Lithargo,  
el mismo que ayer queria  
ayuda de mis soldados...

(El levita se inclina.)

¿Y qué hacer contra esa gente?  
si han dado muerte á tu hermano,  
júntate con cien levitas  
y sal sin miedo á buscarlos.  
Con pretesto de bandidos  
talan y pueblan los campos  
los descontentos, y en lucha  
se han puesto con los romanos.  
Te pregunto y no me dices  
quién es el que lo ha matado:  
¿cómo, pues, ir en su busca?  
Vete. (El levita se retira.)

Vosotros, en tanto  
que no me deis mas noticia  
del robo, podeis marcharos  
tambien. (Se van.)

Demandad, vosotras.

MARIA. Señor, por hacerme daño  
me niega Samuel el hijo  
dos sestercios que le he dado.

HERODES. ¿En pago de algun objeto?

MARIA. No, señor, que no fué en pago.  
En préstamo.

HERODES. Y te los niega?

MARIA. Pretende que fué un regalo.

HERODES. Por qué?

MARIA. De boda.

HERODES. Y no es cierto?

MARIA. Soy pobre y no tengo tantos  
para regalar.

HERODES. Pues vete:

te los pagará. (Váse Maria.)

SOBÉ.

Reclamo

señor, tu ley, contra un hombre  
que ayer mismo me ha jurado  
vengar en mi hacienda toda  
ofensas que há mas de un año  
dice lé infirió mi esposo.

HERODES. Pero quizá te ha causado  
ya algun mal?

SOBÉ.

No todavia.

HERODES. Pues mientras no llegue el caso,  
no puede hacerse justicia. (Sale Sobé.)  
Vosotras.

ESTHER.

Señor, criamos

Sara y yo nuestros dos hijos  
que son varones entrambos:  
pues juntas hemos vivido  
ellos juntos han estado,  
durmiendo en la misma cuna  
y la misma ropa usando;  
pero hoy que reñí con Sara  
me disputa, y no és esacto,  
que toda la ropa es suya.

MUGER 1.<sup>a</sup> Si, señor, y la reclamo.

HERODES. Basta de cuentos; partidla  
por igual y dejad paso.

Y tú ¿qué pides, pastora?

REBECA. Señor; perdona á mi hermano,  
que como es tan simpretina  
está desde ayer soñando  
con...

HERODES. Pero ¿qué es lo que ha hecho?

REBECA. Naitica, si ese es er caso;  
que no ha hecho naá y ha vinío  
á darte un dijusto; claro.

JUSEPE. (¿Y vas abrirle el sintío  
pa que ma tropelle?)

HERODES.

Vamos,

acabad.

REBECA. Pus es la cosa...

JUSEPE. (Recatándose con ella.)

(Con tiento.)

REBECA. Rey nuestramo;

este dice que es preciso  
que mandes á tus sordaos  
que no lleven esas picas,  
ni pinchos, ni sables largos  
ni cortos, porque se asusta...

HERODES. Qué piden estos villanos?

REBECA. Y añie que el rey que es rey  
debe cuidar sus vasallos;  
darles pan, si tienen jambre;  
si tienen mieo, quitárselo:  
y debe á mas...

HERODES. Por mi nombre!

fuera ya.

REBECA. (Lio estás mirando?)

JUSEPE. (Vamos, que se pone feo.

Por via der dimoño malo!...) (Salen.)

HERODES. Ignorantes, atrevidos,  
por el lance mas liviano  
acuden á la justicia,

cual sinó hubiera mas altos  
asuntos de que ocuparse:

doctores el juicio acabo:

podeis iros desde luego,

que la audiencia ha terminado.

(Al salir los doctores por la izquierda, entra  
RAQUEL.)

RAQUEL. (Derecha.) Aun no.

HERODES. Raquel! Ya propicia

de mi fortuna hallo el modo.

Despejad. (Todos salen por ambos lados.)



ESCENA V.

RAQUEL.—HERODES.

RAQUEL.                    Antes de todo  
vengo á pedirte justicia.  
Y vé que al estar aquí,  
á la vez que te la pido,  
como leal, he cumplido  
la palabra que te dí.

HERODES. Justicia tú? La has de ver:  
¿pues quién en Judá se atreve  
á agraviarte? en el aleve  
grave escarmiento he de hacer.  
Habla, Raquel; no te enoje  
la duda que á ello me obligo;  
pide para tu enemigo  
la pena que te se antoje.

RAQUEL. \*Tú se la impondrás; que es ley  
\*cuando aquí un vasallo gime  
\*porque otro fiero le oprime,  
\*que le desagравie el rey.  
Oye. Mi padre Nathán,  
viejo honrado y con decoro,  
pequeño y pobre tesoro  
llegó á juntar con afán.  
escondiólo en su guarida  
con ilusion placentera,  
porque aunque pequeño, era  
el tesoro de su vida.  
En él sin temor ni duelo,  
contemplaba entusiasmado,  
el fruto de su pasado,  
de su vejez el consuelo.  
Y en esta delicia avara  
engriéndose oportuno,  
jamás creyó que ninguno

en quitárselo pensára.

HERODES. Y qué?

RAQUEL.                   Labrador vecino  
que tiene mas rica hacienda,  
dando á sus instintos rienda  
acechóle en su camino;  
y en el escondido oro  
rapáz poniendo la mente,  
con ánimo delincuente  
le ha sorprendido el tesoro.

HERODES. Un robo! negra codicia!  
no habrá pena que me cuadre:  
dile, Raquel, á tu padre  
que le haré pronta justicia.

RAQUEL. \*Oh! señor; á nada iguala  
\*el pesar de sus enojos:  
\*lágrimas brotan sus ojos;  
\*suspiros su pecho exhala:  
\*y amenguándose su vida  
\*del cielo favor implora,  
\*y en tanta pobreza, llora  
\*por su ventura perdida.

La muerte fuera mejor  
que el dolor que le traspasa.

HERODES. Pero el tesoro?...

RAQUEL.                   En su casa  
lo tiene ya el labrador.

HERODES. Se lo quitó?... ¡Por la luz  
que haré un egemplar que asombre  
á todo el reino! ese hombre  
merece muerte de cruz.  
Alejas! (Llaman to.) hombres villanos  
los que tienen mas riqueza!  
responderá su cabeza  
de lo que hicieron sus manos.

ESCENA VI.

Los mismos.—ALEJAS.

ALEJAS. ¿Qué me ordenas?

HERODES. Con desdoro  
muera de muerte cruel,  
el que al padre de Raquel  
le ha robado su tesoro.

ALEJAS. Se obedecerá tu ley.  
Fué preso?

RAQUEL. No, por mi injuria.

HERODES. Que lo traiga una centuria.

ALEJAS. Su nombre?

RAQUEL. Tu hermano el rey.

HERODES. Yo?

ALEJAS. Raquel!!

RAQUEL. Lo dije así

y ayúdete la memoria,  
que á repetirte la historia  
verás como no mentí.

Pobre y sola y sin abrigo  
Isac Nathán, hoy lloroso,  
es mi padre mas que esposo,  
y mas que padre mi amigo.

Con celo y amor logró  
poseer al fin un tesoro  
para él mas rico que el oro;  
y ese tesoro soy yo.

Viólo un labrador vecino  
—que es el rey—y en su avaricia  
olvidando la justicia  
acechólo en su camino;  
Y en el escondido oro  
audáz poniendo la mente  
con ánimo delincuente  
le ha sorprendido el tesoro.

HERODES. Mas ¿yo te he robado?

RAQUEL. Y quién  
del vecino así ha juzgado?  
tú te lo has imaginado  
y lo imaginaste bien.  
No he dicho que lo robó,  
sinó que en poder sin tasa,  
lo tiene en su propia casa...  
y en tu palacio estoy yo.

HERODES. Trama urdiste manifiesta  
que como traición acojo,

RAQUEL. Señor, si moví tu enojo  
estoy á morir dispuesta.

HERODES. Vete, Raquel; tu malicia  
por hoy solo te ha salvado.

RAQUEL. (Él mismo se ha sentenciado.)

HERODES. (Yo mismo me haré justicia.)

## ESCENA VII.

HERODES.—ALEJAS.

HERODES. Evitemos la violencia,  
de hoy mas con esta muger;  
ya la deseo obtener  
sin lucha ni resistencia.  
Ese carácter vehemente  
y altivo, mis gustos traza,  
y cuanto mas me rechaza,  
mas se me graba en la mente.  
\*No hay en Judea otra alguna  
\*que tal me tenga sujeto,  
\*y he de conseguir mi objeto  
\*ó con ella ó con ninguna.  
\*Pero pues que no me escucha  
\*ni la pompa real la ciega,  
\*y cuanto mas se la ruega  
\*ó se le impone, mas lucha,

\*escójase otro remedio  
\*que su voluntad doblegue  
\*y que ella sea la que ruegue:  
\*ya buscaremos el medio.

ALEJAS. \*Que ruegue? Díficil es:  
\*un alma tiene tan fiera,  
\*que á comprenderlo, muñera  
\*sin ceder á tu interés.

HERODES. \*Pues como asi lo creí  
\*por eso evito esa suerte;  
\*que antes que para la muerte  
\*la quiero yo para mí.  
Ya veremos; imagino  
que meditando el asedio,  
tal vez por distinto medio  
hallaremos el camino.  
Haciéndole comprender  
al esposo... un hijo tiene...  
y si quitarlo conviene...  
bien podremos escojer.  
En tanto...

### ESCENA VIII.

Los mismos.—HEMOR—por la izquierda.

HEMOR. De tu bondad  
aceptando la alta oferta,  
van entrando por la puerta  
de Damasco, en la ciudad,  
esos magos del Oriente  
que ayer llegaron al valle,  
y á verlos, bulle en la calle  
maravillada la gente.

HERODES. ¿Está todo prevenido,  
Alejas?

ALEJAS. Cual lo mandaste.

HERODES. ¿Vino el ámbar de Sebaste?

ALEJAS. Nada, señor, dí al olvido.

HERODES. Pues bien, que mi pueblo todo encuentre al momento abiertas de mi palacio las puertas y en él fácil acomodo. Que ocupen las galerias curiosos de todas greyes, y el cortejo de los reyes y sus guardias y las mias. Esclavos vengan aquí, y hagan honor centuriones á los magos; y mis dones hoy al pueblo hablen por mí. Corre, Alejas, y tú, Hemor, celo en tu gestion emplea, y probemos que en Judea hay mas que en Persia, esplendor.

### ESCENA IX.

HERODES.

HERODES. (Pensativo.)

La estrella se ocultó... bien se comprende... mis sábios y doctores me lo han dicho: no era Jerusalem la destinada... mas quién sabe tal vez!... y si ha nacido dentro de sus murallas!... y si enfrente quizá lo tengo de mi alcázar mismo!...

(Suenan trompetas cercanas.)

Los magos!... de la duda que me asalta no quiero darles, por mi mal indicios, que conviene á mi plan que me descubran deseo de allanarles el camino.

ESCENA X.

ALEJAS,—HEMOR,—tracios y germanos que se colocan al frente delante de cuatro esclavos; centuriones que forman á la izquierda.—Puntos de atencion mas cercanos.—Entran los tres reyes, seguidos del acompañamiento de persas, árabes, etíopes y esclavos que se colocan detrás de ellos, á la derecha.

GASPAR. Herodes! yo, Gaspar de la Magodia, señor del Tigris que abundoso riega la patria de Abraham, hoy te saludo con noble anhelo y gratitud inmensa.

(Saludo oriental.)

BALTASAR. Yo, Baltasar, que ciño la corona de la Arabia Feliz y la Petrea do en bancos de coral el sol descansa, te saludo tambien con fé sincera.

(Saludo idem.)

MELCHOR. Yo, Melchor, poderoso de Occidente; astrólogo y señor, mago de Persia; dueño del Khorasan y sus tesoros, te saludo á mi vez con alma ingenua.

(Saludo idem.)

HERODES. Y yo, Herodes primero, Ascalonita; Tetrarca superior de la Judea; Pontífice además de la Milicia de Sesto, Protector de la alta tierra de promision, Gobernador supremo y Prefecto leal de Galilea, os saludo y hospedo jubiloso en mi palacio egregio de Bezetha.

(Saludo oriental por los cuatro.)

Qué os conduce á Judá?

GASPAR.

Ya te lo han dicho:

en pos venimos de luciente estrella que anuncia el nacimiento del Mesias segun la prediccion de los profetas.

mas ¡donde hallarle! nos veló sus rayos  
en el valle cruel de la Cisterna,  
y aqui no vemos seña ó regocijo  
que nos indique la morada régia  
de ese Niño feliz.

HERODES. Y bien, decidme:  
la estrella os designó siempre la senda?  
Há mucho que la visteis?

MELCHOR. Doce dias.

HERODES. Y vino al Occidente?

GASPAR. Clara y recta.

HERODES. (Con ira reconcentrada.)  
Luego es aquí el lugar!..

BALTASAR. Aquí sin duda;  
pero ayuda, señor, á nuestra empresa:  
¿has juntado á tus sábios y rabinos?

HERODES. Hace poco los tuve en asamblea.

MELCHOR. Y ¿qué opinan los doctos del Mesías  
que Irán profetizó?

HERODES. Que está muy cerca,  
segun dijo Daniel, su nacimiento.

MELCHOR. Y dónde ha de nacer?

HERODES. Sus juicios eran  
que en Betlhen de Judá.

GASPAR. Gloria á los cielos  
que nos alumbran en la fausta nueva!!  
Hermanos, prosigamos nuestra ruta.

HERODES. No tan pronto, señores; la prudencia  
aun ecsije mayores claridades,  
opiniones mas fijas y concretas;  
¡Quién sabe la verdad! los tres en calma  
meditadlo solícitos; y miéntras  
podeis descanso hallar en mi palacio  
y admitir las viandas de mi mesa.

GASPAR. Como cumpla, señor, á tus antojos.

HERODES. Me hareis mucha merced.—Vamos, Alejas.

ALEJAS. Paso al salon y que la córte toda  
preste á los reyes la debida ofrenda.



(Los esclavos corren las cortinas del fondo, quedando á ambos lados.—Salon oriental, al cual se sube por escalinatas: este salon está dominado por una galería cuadrilonga, cerrada por balaustrada romana con remates de armas, pebeteros, candelabros, bustos, águilas y otros adornos de la época: en el centro del salon la mesa que será baja, sumptuosamente servida: en la presidencia el asiento de HERODES, en forma de trono, superior á los demás: otros cuatro asientos para los MAGOS y ALEJAS: á ambos lados grandes escaparates con la vajilla real. Hermosos grupos de columnas sostienen la techumbre cubierta con lujosa tela de oro, y todo ello adornado y decorado con el gusto asiático: lámparas, colgaduras, estatuas, alfombras, espejos, tapices, etc. A la derecha de la mesa un oficial con el estandarte verde de Judá.)

## ESCENA XI.

El acompañamiento de los magos queda abajo: al descubrirse el salon, toda la galería se halla llena de gente: mugeres, niños, levitas, israelitas, pastores, pueblo: entre ellos—REBECA—y—JUSEPE;—é intercalados, tracios, germanos, romanos, unos armados y otros de curiosos: esclavos en el salon dispuestos al servicio de la mesa: esclavas en los extremos con pebeteros en las manos.—HEMOR—sube y se coloca á la izquierda de la mesa;—HERODES—y los magos se sientan:—BALTASAR—á la derecha del rey: á la izquierda—GASPAR:—al costado derecho—MELCHIOR;—al izquierdo—ALEJAS.—En los extremos de la galería, y en la parte baja hay dos grandes pabellones con ricas colgaduras; al verificarse la transformacion, la orquesta rompe con una fuga que debe durar mientras los reyes se sientan, y apenas empieza el banquete, cuatro esclavas que hay á los lados levantan estas colgaduras y aparecen las ninfas, guardando graciosas posiciones: en seguida bailan una danza egipcia, que no debe ser corta, pues dura toda la comida. Concluido el baile las ninfas vuelven á entrar bailando bajo los pabellones, caca

las colgadoras y se levanta—HERODES—que baja con los reyes; detrás—ALEJAS—y—HEMOR:—cuando ya se hallen en el proscenio, se ván poco á poco despejando las galerías y el estrado, hasta quedar solamente en ellas los guardias armados.—Cesa la música.—Al terminar el baile y mientras se levantan y bajan los reyes, dice—JUSEPE—desde la galería.

JUSEPE. Ah! já, já! que man gustao esas güertas en reonda y esas...

REBECA. Calla, Jusepillo, que como sigas, te cortan er piscuezo.

(Murmullos de los soldados imponiendo silencio.)

JUSEPE. (A Rebeca.) Pus es güeno! no poer uno abrir la boca sin tragarse argun sordao como si fuera una mosca!

(Nuevos murmullos y movimiento de lanzas.)

REBECA. Lo ves tú? Te has proponío que mos maten.

JUSEPE. Pus sal pronta.

BALTASAR. (Abajo.) Si los reyes de la tierra, Señor de pompa blasonan, tú, mas que ninguno de ellos ostentas riqueza y pompa: el mismo César Augusto que ciñe imperial corona, no reunirá tanto lujo en su palacio de Roma. Has juntado aquí del Asia la magnificencia toda, de la Arabia la molicie de sus plantas los aromas, las alhajas del Egipto, el brillo de Babilonia, el oro y sedas de Persia y los encantos de Europa.

HERODES. Oh! no, que es de mis artistas  
en ese punto la gloria:  
diles proteccion y ayuda,  
y con alma laboriosa  
hán levantado del reino  
la fama y prez que les honran...  
Pero ¿os vais?

GASPAR. Si nos permites  
es bien ya que la zozobra  
calmemos, saliendo en busca  
del objeto que ambiciona  
el corazon: tus doctores  
han opinado de forma  
que si otra vez nos alumbrá  
la divina conductora,  
sabrás que dentro de poco  
el intento se nos logra.

HERODES. Pues bien; yo como vosotros  
siento en el caso la propia  
ansiedad, y ya deseo  
saber del Niño la historia.  
Id á Betlhen que no dista  
apenas de aquí dos horas,  
y si le hallais, os suplico  
me mandeis noticia pronta  
para que tambien yo pueda  
ir á adorarlo en persona;  
que á no tener en palacio  
cuidados de mucha monta  
al par con vosotros fuera  
á buscarle desde ahora.

GASPAR. Bien puedes quedar tranquilo,  
señor, que apenas gozosa  
haya descubierto el alma  
el fin que la embarga toda,  
tendrás aviso, cual cumple  
á rey que tan bien se porta.  
En tanto, el cielo proteja

el brillo de tu corona.

HERODES. Que por buena y favorable  
la empresa se os haga corta.

(Al salir los reyes con su acompañamiento tocan dentro dos puntos de atencion á distancia uno de otro: tambien se van los centuriones y solo quedan algunos soldados distribuidos en el salon alto y galería que lo domina.)

## ESCENA XII.

HERODES,—ALEJAS,—HEMOR,—al fondo: soldados arriba.

HERODES. (Se adelanta pensativo.)

Se fueron!... y ahora bien ¿es por acaso  
á ese Dios á quien temo en mi memoria?...  
no es á Dios, es al príncipe, á la gloria  
feliz de su victoria

al llevar su pendon de Oriente á ocaso...

Pero ¿será verdad?... ¿No será trama  
por enemigos de mi trono urdida  
en pró de otra ambicion, hoy escondida,  
que al amagar mi vida

amaga mi poder y hasta mi fama?...

\*¿Habré yo cimentado por mí mismo

\*el trono de Judá, con la traidora

(Con voz reconcentrada.)

\*falange de sicarios destructora,

\*para dejar ahora

\*que implacables me lleven al abismo?...

\*¿Habré pulverizado con encono

\*este pueblo que no se reconcilia,

\*para dar de David á la familia,

\*tras tanta y tal vigilia

\*libre la senda que la lleve al trono?...

\*¿Será, si mi poder ya se derrumba,

\*este cetro, en mis manos hoy tan fuerte,

\*caña maldita y débil y de suerte,

\*que el viento de la muerte

\*la rompa sin piedad sobre mi tumba?...

No; si ese niño que me presta agravios  
es príncipe ó es Dios, que muera importa:

así mil bienes la Judá reporta,

y al par así se corta

la esperanza y el sueño de los sábios.

\*No tendré compasion mal entendida,

\*pues Athalía, si á su fin me ciño,

\*por piedad, al matar, ó por cariño,

\*dejó olvidado un niño,

\*y ese su trono le quitó y la vida.

Oh! no tendré compasion:

la tardanza es un tormento:

Hermano... Hemor... al momento...

(ALEJAS y HEMOR bajan al lado de HERODES.)

ALEJAS. ¿Qué ordenas?

HERODES. (Con ira tremenda y como imponiéndoles con reserva, actividad y fiereza sus ideas.)

Sin dilacion

sal tras los magos de Oriente,

síguelos y donde paren,

sin que ellos en tí reparen,

venme á decir diligente.

(Seña de HERODES para que se retire.)

Tú, Hemor, prepara soldados

en numerosas cuadrillas,

y de tajantes cuchillas

que vayan todos armados.

Y comenzando en Betlhen,

cuanto abarque el horizonte

en valle, ciudad y monte,

hasta aquí en Jerusalem,

has de registrar de suerte,

venciendo secreto y dolo,

que no haya un niño tan solo

á quien no le deis la muerte.

HEMOR. Señor!

HERODES. A tu celo activo  
encomiendo este trabajo:  
de dos años para abajo  
no ha de quedar uno vivo.

HEMOR. (Dando intencion á la palabra.)  
Mas... ¿todos... sin escepcion?

HERODES. (Advirtiéndolo.) Por qué me dices?...

HEMOR. (Con cierto embarazo.) Raquel...

HERODES. Es verdad! (Para sí.)  
(De pronto y con resolucion.) Tambien á él:  
á todos... degollacion!!

(El rey señala á HEMOR su salida, y se dirige al  
salon alto: la orquesta, pisando la última frase de  
HERODES, rompe en el toque de degüello del ac-  
to cuarto, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Selva corta al primer bastidor: toda la parte de proscenio figura un camino que atraviesa: á derecha é izquierda matorrales y peñones escuetos: empieza á oscurecer.

### ESCENA I.

REBECA,—ESTHER,—SOBÉ,—MARIA.—MUGERES 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>—algunas pastoras y—JUSEPE—que salen por la izquierda: todas las mugeres traen cestas ó canastillos con almendras, nueces, flores y otros presentes.

JUSEPE. (Deteniéndose á la derecha del proscenio.)  
Anque ya queda mu poco,  
digo que me he de parar,  
que sois capaces de andar  
mas que corre un burro loco.

ESTHER. No, Jusepe, que ya es tarde  
y Phalár me echará menos.

JUSEPE. Que sispere.

MARIA. Y á mí Hénos  
que me aguarda.

JUSEPE. Que saguarde.

REBECA. Tengo tal curiosidad  
por ver á ese Niño...

JUSEPE. Aguanta.

SOBÉ. Yo, sinó más, tengo tanta.

PASTORAS. Y yo, y yo, y yo.

JUSEPE. Jeh! callad.

- REBECA. Vaya un hombre!! (Haciéndole burla.)  
JUSEPE. Bien y qué?  
me he cansinao.
- ESTHER. Tormento!  
JUSEPE. No me apriteis, que me asiento...  
TODAS. A que nó!  
JUSEPE. (Dejándose caer en el suelo.)  
Ya me asenté.
- REBECA. Qué lástima de paliza!  
verás si pillo una vara  
(Buscándola en el matorral.)  
como te vá á salir cara...
- JUSEPE. ¿La has pillao? Pus atiza...  
REBECA. (De pronto tirando la vara.)  
Vamos pa arriba con él,  
muchachas...  
(Todas le agarran del uno y otro brazo y  
pretenden en vano suspenderlo y levantarlo.)  
Aupa!!
- JUSEPE. No jupo...  
Disperad.  
(Todas se quedan inclinadas sobre él, sin sol-  
tarle los brazos y como aguardando lo que vá  
á decir.)
- JUSEPE. (Contemplándolas y dando á cada frase la in-  
tencion que necesita.)  
¡Qué hermoso grupo!...  
para dárselo á Luzbel.  
(Todas le sueltan con enojo.)
- ESTHER. Anda, bobo.  
JUSEPE. Qué cariño!  
Vamos, tened mas sosiego;  
sentáisos aquí que aluego  
sus llevaré á ver al Niño.  
(Se sientan todas al rededor de Jusepe.)  
(A Esther, que le dá un manotazo en la  
cabeza.)  
Qué alegre tienes la cara



y qué risueña y prepicia!  
Como el rey te ha hecho justicia  
en tus querellas con Sara!...

ESTHER. La mas razonada y propia:  
—Partid la ropa, nos dijo,  
entre el uno y otro hijo:  
fué justicia.

JUSEPE. Pero es copia.

REBECA. Pues! Tuya.

JUSEPE. Si fuera mia!

yo no sé letra de ley:  
antes que él la hizo otro rey  
muncho mejó construia.

REBECA. Quien la costró?

ESTHER. Es de razon  
y no lo asegura en vano,  
que se refiere tu hermano  
al juicio de Salomon.

JUSEPE. Pues! (A REBECA y las que están á su lado.)

Dos madres se apropiaban  
un niño y con fiero enojo  
pa derimir el antojo  
ante el rey se querellaban.  
Este, buscando el rimedio,  
mandó con sagacidá  
partirlo por la mitá  
y á cada muger dar medio.  
Una se opuso, otra nó,  
y encontrando en la primera  
á la madre verdaera  
á la otra la castigó.  
Y asina sus gritos locos  
arremató justiciero  
y con chirúmen.

ESTHER. Ya! pero  
como Salomon hay pocos.  
Desde pequenuelo fué  
dando pruebas cada dia

del talento que tenia.

JUSEPE. Qué sabes de él?

ESTHER. Algo sé.

Verás.—Chicuelo jugaba

con otros niños y viólo

el padre, y por esto solo

creyendo que se viciaba,

se acercó y le preguntó

con acritud manifiesta,

—Qué haces, Salomon?... contesta...

y el rapáz no contestó.

—Responde pronto ó concluyo

por castigarte y te aflijo;

—Qué haces, Salomon?—Y dijo

«Dar al tiempo lo que es suyo.»

(Marcando la mácsima.)

REBECA. Y eso qué?...

ESTHER. Una gran verdad!

con esto dióle á entender

que cada cual ha de hacer

lo que se amolde á su edad.

JUSEPE. Justo! y si bien lo escrudiño

dijo que hará con too nombre,

el hombre cosas de hombre,

y el niño cosas de niño.

Mas ya que prisuntuosa

el saberlo too imaginas,

vamos á ver si adivinas

otra cosa.

ESTHER. Dí que cosa.

TODAS. Dila, sí. (Con algazara y palmoteo.)

JUSEPE. Pero sin gresca

porque sinó me revelo:

(Muy marcado.)

¿Cual es del pescao de anzuelo

siempre la parte mas fresca?...

ESTHER. (Pensando.) La cabeza.

JUSEPE. Esa no vale.

REBECA. (De pronto.) El lomo.

JUSEPE. Te pintas sola  
pa no discurrir... (Con acento de triunfo  
y mirándolas á todas ) La cola!!  
que es lo último que sale.

REBECA. Qué gracia!

ESTHER. Tiene razon:  
si antes sale la cabeza,  
antes.....

JUSEPE. Pues esa agudeza  
tambien es de Salomon.  
¿Has visto? Y paece mintira  
que un rey de tanto talento  
pirdiera el intindimiento  
como lo pirdió.

ESTHER. Me admira:  
¿por qué?

JUSEPE. Por tener prisentes  
y á su lado, entre otras varias,  
veinte esposas pripetarias  
y mas de ochenta suprentes.  
¡Quién se atrive á risponder,  
sin que el dimoño se asombre,  
que puede ser dengun hombre  
sábio con tanta muger!  
Imposible! lo igo pronto  
y no me güervo pa trás:  
pues si es con una no más  
y lo ponen á uno tonto!...  
Y sinó, se puede ver:  
pa que el hombre caiga en yerro  
cual se azuza á un gato un perro,  
azuzarle una muger;  
y sale despavorío  
y se pone tirulato  
y jase fu! como el gato  
y araña y pierde el sintío.

REBECA. Calla, simpron.

- ESTHER. Tú qué sabes!
- JUSEPE. Vaya un par de pareceres!  
pa cacumen de mugeres  
son estas cosas mu graves.
- MARIA. Vámonos ya?
- JUSEPE. Otro poquito,  
que vuestra priesa no es tanta,
- REBECA. (A las mugeres que ficue al lado.)  
(Vereis cómo se levanta.)  
(Se levanta recatándose de JUSEPE y se dirige de puntillas, mirando atras, al fondo izquierda, seguido término.)
- JUSEPE. Y discansar necesito.
- ESTHER. (Con amenaza burlesca.)  
Te levantas?
- JUSEPE. Toavia no.
- REBECA. (Fingiendo asustarse y con un grito ahogado.)  
Qué veo! Por la gayomba  
vienen sordaos.
- JUSEPE. (Dando un brinco y poniéndose de pié.)  
Zambomba!  
(Al mismo tiempo se levantan todas.)
- REBECA. (Riéndose y haciéndole burla.)  
Te engañé!!...
- TODAS. (A coro y al mismo tiempo y con el propio tono que REBECA.) Se levantó!!
- JUSEPE. Si agarro... en fin, no me ostino,  
que aunque está cerca la cueva,  
ya vereis cómo se lleva  
un rato largo el camino.  
Cuidiado con el rispeto  
ante la hermosa criatura  
y muncha discompostura  
que es mu sagrao el ojeto.
- REBECA. Yo, caita vez que lo nombro  
con el arma mintusiasmo;  
ma dicho Isac que es un pasmo;  
que su cara es un asombro.

- ESTHER. Frutas llevo á sus primores  
y he de adorarle mil veces.
- MARIA. Pues yo almendras.
- SOBÉ. Y yo nueces.
- MUGER 1.<sup>a</sup> Y yo tortas.
- REBECA. Y yo flores.
- JUSEPE. Asin, asin, con cariño:  
toitos regalos de bodas;  
pus bien; preseguidme todas;  
vamos á ver al Dios Niño.  
(Al dirigirse todos hácia á la derecha, salen  
RAQUEL y JACOB.)

## ESCENA II.

Los mismos,—RAQUEL,—JACOB.

RAQUEL. (Agitada.) Esther, Maria, Sobé...  
feliz al fin que os encuentro:  
os buscaba.

ESTHER. Qué sucede?  
¡qué agitacion!

RAQUEL. Me estremezco  
de pensar... sois mis amigas  
y daros aviso debo.

MARIA. Pero ¿qué pasa?

RAQUEL. Jacob

os dirá...

JACOB. Tampoco puedo  
respirar, que me ha traído...

JUSEPE. (Aparte á Jacob.)  
¿Es que el rabadán sa muerto?

JACOB. (Idem.) No, que es peor todavía.

ESTHER. Vamos, habla: dílo luego.

JACOB. Bajaba yo á medio dia  
por el arroyo del Cedro  
hácia el valle de la Torre  
donde el rebaño tenemos,

cuando al volver el recodo  
del monte, á muy corto trecho  
diviso, hablando agitados,  
centuriones á lo lejos.

Juzgué que sería reyerta  
y algo curioso me acerco;  
ocultéme para oír

lo que estuvieran diciendo,  
y al enterarme, temblaba  
sin saber si darles crédito.

—No quiero matar chiquillos,  
exclamaba uno colérico;

Pues yo sí,—decía otro.

—Tanto importa, oficio es nuestro,  
dijo un sayon,—y en matarlos  
la órden del rey obedezco.

(A medida que adelanta la relacion de JACOB,  
las mugeres van dando mayores muestras  
de indignacion y sobresalto.)

—Y si lo ha mandado Herodes,  
otro añadió,—no hay remedio;  
de dos años para abajo  
han de morir todos ellos.

(Consternacion general en las mugeres.)

—Pues vamos á la matanza,  
otro resolvió, y se fueron.

Irse y salir yo azorado,  
fué cosa de un mismo tiempo,  
y al punto volé á la choza  
para contar el suceso.

ESTHER. (Muy agitada y sin saber qué hacer.)

Pero es horrible, es horrible,  
y el motivo no comprendo.

MARIA. Yo voy á esconder mi hijo.

SOBÉ. Yo voy á mi choza luego  
y Dios me dará su ayuda.

RAQUEL. Qué infamia!

ESTHER. Apenas lo creo.

MARIA. No sé qué hacer.  
JACOB. Los verdugos  
son muchos, segun dijeron,  
y en numerosas cuadrillas  
van por el campo y el pueblo.  
SOBÉ. Oh! si á mi choza habrán ido...  
ESTHER. Si van por el mio, primero  
me dejo arrancar la vida.  
RAQUEL. No perdamos un momento:  
recojed cada una el suyo  
y en mi cabaña os espero:  
Jacob, tú te quedarás  
con mi pobre Isac enfermo,  
y dando aviso á otras madres,  
llenas de igual desconsuelo,  
nos iremos á un refugio  
que he pensado.

TODAS. ¿Cual?

RAQUEL. (Con resolucion.) El templo.

En el átrio guarecidas  
con nuestros hijos, veremos  
si los verdugos de Herodes  
lo manchan con sus aceros.  
Al templo todas conmigo,  
y valor y lucharemos;  
y si rey tan sanguinario  
lleva su infamia á ese extremo,  
de las madres de Judea  
daremos al mundo egemplo.

(RAQUEL sale por la derecha, seguida de  
ESTHER, MARIA, SOBÉ y pastoras: JACOB  
detrás de todos.)

### ESCENA III.

REBECA—y—JUSEPE.

REBECA. Probeticas madres! vaya!

que ma quedao sin aliento  
y entumía! qué virdugo  
que es el rey.

JUSEPE. (Tapándole la boca.) No digas eso  
que eso es malo, y si mos oyen...  
ya vienen con el digüello  
pa quiarriba, y mu seguro  
no tenemos er piscuezo!  
Ay! Rebeca de mi arma  
me están tembrando los niervos  
y se ma liao en las patas  
una culerba.

REBECA. Y yo tengo  
una responsabiliá  
tan grande!

JUSEPE. Y yo ya no pueo  
jablar... se me defigura  
que aquí... tienta... (En la espalda.)  
dime, ¿tengo  
argun cinturion metío  
en el espinazo?...

REBECA. Perro!  
¡qué corazon de pan duro!...  
pero ¿qué mal le habrán hecho  
los niños?

JUSEPE. Ay! qué mimoria!  
Rebeca, vamos juyendo  
á la cueva, y á los padres  
de Jesus se lo diremos:  
por ese me envalentono;  
pus dí que si nó ricuerdo...

REBECA. Vamos, vamos.

JUSEPE. Pero mira,  
ese camino no imprendo;  
que por las señas que dijo  
el pastor, junto á aquel cerro  
estaban los cinturiones:  
por este lao saliremos



ar llano, y der llano ar monte  
mas que demos mas rodeo.

Vamos.

(Al salir por la izquierda aparecen ALEJAS  
y HEMOR.)

#### ESCENA IV.

Los mismos—ALEJAS y HEMOR.

JUSEPE. (Retrocediendo con REBECA al verlos.)  
(Trompetazo!)

ALEJAS. Quién?...

JUSEPE. Señor! (Dios mio! qué feo!)

ALEJAS. Dónde vais?

REBECA. Vamos al valle:  
á nuestra choza.

JUSEPE. (Ocultándose detrás de REBECA.)  
Si,... eso.

ALEJAS. Sois esposos?

REBECA. No, señor:  
hermanos.

JUSEPE. Semos... doncellos.

ALEJAS. (Esta pastora...) tu cara...  
yo te he visto...

REBECA. Si lo creo,  
como que siempre ponía  
en este sitio la llevo. (Señalándose la cara.)

ALEJAS. De donde venís?

JUSEPE. (La gorda!  
miente mucho, mas con tiento;  
que ahora mos vá á priguntar  
jasta por lo que comemos.)

REBECA. De vender... varias ovéjas...  
y me han dao seis talentos  
de plata.

JUSEPE. (Tú sí que tienes  
un talentazo siberbio.)

- ALEJAS. ¿Y por qué se oculta ese?  
JUSEPE. No me incurto, es que la dejo  
que diga sus menesteres:  
que ella tiene mas conceutos  
que yo y...
- ALEJAS. ¿Habeis encontrado  
mas allá tres estrangeros  
ginetes en dromedarios  
y con cargas en camellos  
y gente de compañía?  
JUSEPE. ¿Te has encontrao tú eso?  
yo no, ¿no es verdá, Rebeca?  
yo no he hallao mas que un jumento  
que iba acompañando á un hombre:  
(ayúame tú.)
- ALEJAS. (Aparte á Hemor.) (No acierto  
Hemor, á darles alcance.)  
HEMOR. (Idem.) (Tan diligentes salieron  
y de noche, que no es fácil  
seguirlos ó dar con ellos.)
- JUSEPE. (A Rebeca.)  
(Qué hablarán!)
- ALEJAS. (Idem.) (Si no haces falta  
en funciones de tu empleo,  
vente conmigo.)
- HEMOR. (Idem.) (Ya sabes  
de Herodes la órden que tengo.)
- ALEJAS. (Idem.) (No importa.) Seguid, vosotros.  
REBECA. Anda, Jusepe.  
JUSEPE. (Corriendo;  
como que á cada prgunta  
y á cada rispondimiento,  
he visto ya los dos sabres  
afilándome el piscuezo.)

ESCENA V.

ALEJAS,—HEMOR:

ALEJAS. Entraron ya centuriones  
en Betlhen?

HEMOR. Aun no: la dejo  
para despues: diez cuadrillas  
de soldados bien dispuestos  
invaden ahora los campos,  
las cabañas sorprendiendo:  
corrida la voz, paréceme  
que agrupados ó dispersos  
en Betlhen han de ocultarse  
los niños, huyendo al riesgo;  
y cuando estén todos juntos,  
mis soldados en secreto  
caerán sobre la ciudad  
y allí acabarán con ellos.

(Va oscureciendo por grados en la sala y escenario, hasta quedar completamente oscuro el segundo: véase la nota siguiente.)

ALEJAS. Veo, Hemor, que has aprendido  
á sutilizar proyectos.

Pues ahora sigue mi ruta  
hasta ver si... pero advierto...  
que va cerrando la noche...  
el horizonte está negro...  
nubes cubren el camino...  
y principian á envolvernos...  
fenómeno estraño es este...  
que no he visto en otro invierno...

HEMOR. Tal vez amagos de lluvia...

ALEJAS. Sigamos, Hemor... ¿qué es esto?...  
si apenas veo el camino...  
y se me apura el aliento.

HEMOR. Tienes razon... yo tampoco

respiro bien...

ALEJAS.

Me mareo,  
Hemor; volvamos al valle  
y otro ambiente buscaremos.

(Al pronunciar HEMOR las palabras «ACABARÁN CON ELLOS» dos telones de gasa negra, uno mas claro y otro mas tupido, van bajando uno despues de otro, hasta cubrir completamente el telon de selva de la vista de los espectadores: al salir ALEJAS y HEMOR, la orquesta rompe en una fuga que vá *crescendo* y llega á un tono tempestuoso ó *fortisimo* con todo el instrumental, en los momentos en que ha desaparecido el telon de selva y el segundo mas claro de gasa empieza á transparentar el monte de Bethen á todo foro: en este instante concluye la fuga y sigue un himno brillante de gran efecto que termina al comenzar el ÁNGEL, cuyo recitado acompaña la misma orquesta con agradable melodía.—El monte debe ser practicable, dejándose ver en lontananza otros coronados de nieve: en la cima de aquel la ciudad de Bethen corpórea, en cuyas casas se ven brillar algunas luces: la ciudad está cercada por la muralla, pero situada en medio de viñedos, olivos y encinas: fuera del muro el gran meson cuadrado donde pidieron hospedaje la Santísima Virgen y San José: arrancando de este meson, y por la parte inferior de la muralla, camino practicable, por donde bajarán á su tiempo los MAGOS: esparcidas por el monte varias cabañas y alguna que otra casita corpórea de mejor condicion y á su lado árboles y arbustos: varias ruinas: el camino termina en la roca: un gran foco de luz de diversos colores preparado en todo el interior del escenario alumbrá la escena.)

## ESCENA VI.

Aparece el monte cubierto de ángeles, - niños naturales,—

brillantemente engalanados y colgados en distintos puntos, unos con espadas, otros con guirnaldas, otros con bandas y otros con antorchas en la mano; á la entrada de la cueva dos ángeles de guardia, y tres péndientes del arco: el del centro tendrá una brillante banda en que se lea GLORIA IN EXCELSIS DEO: en el interior de la cueva ángeles, soles y estrellas giratorias, á través de cuyo inmenso foco de luz se verán en vision las sagradas figuras del NIÑO-DIOS, reclinado en el pesebre, de MARIA SANTÍSIMA y SAN JOSÉ, cuyo grupo estará iluminado por un rayo de luz Dumont.—Es indispensable que para la estudiada y digna colocacion y efecto de estas figuras sean dos actores los que las representen.—Por los lados del pesebre asoman las cabezas la mula y el bucy tradicionales.—Fuera de la cueva y á los dos lados de la esplanada que se forma delante de ella, pastores de ambos sexos y niños de rodillas en adoracion.—Por las diferentes sendas del monte, en direccion de subir, bajar ó atravesar, pastores y pastoras, con cestas, cantarillos, aves, bordenos y otras cargas: por último sobre el portal en actitud radiante y con una espada en la mano el ÁNGEL que habla.—En el instante de verificarse la transformacion todos los pastores que van por el monte se hallan en pausado movimiento; pero al principiar el ÁNGEL el recitado con orquesta, todo el cuadro se queda inmóvil hasta la terminacion del mismo recitado.

ÁNGEL. Perdida la gracia que Dios placentero  
al padre primero le dió con afan,  
cediendo al pecado por tristes favores,  
lloró sus dolores el mundo de Adan.

- \* Rodaron los siglos y el hombre iracundo,
- \* sin ver el profundo misterio de Dios,
- \* la senda malvada siguió del pecado
- \* y ciego y airado del crimen en pos.

Mas Dios contemplando que fiero, enemigo,  
de eterno castigo le envuelve el capuz,  
por fin apiadado del mal que le oprime,

su culpa redime y le manda la luz.

Así, las dulzuras cantar de su gloria,  
que sea la historia del mundo eficaz:  
á Dios, pues, la gloria que bienes encierra,  
y al hombre en la tierra delicias y paz.

(Concluido el recitado y durante una breve fuga de la orquesta, los pastores de ambos sexos que están de rodillas se levantan rápidamente: la orquesta rompe en una alegre pastorela, acompañada de todos los instrumentos propios de Navidad, como son panderos, zambombas, sonajas, rabeles, flautas, triángulos, arpas, etc., pastores de ambos sexos la bailan, mientras otros cantan. Los personajes que circulaban por el monte se agrupan á la falda de este para ver el baile. Terminado, vuelven los pastores á colocarse de rodillas hasta concluir el cuadro.)

COPLAS.

Venid, pastores del valle,  
venid de la gloria en pos  
y bailad con entusiasmo  
delante del Niño-Dios.

Y con muestras—de amor y alegría—  
festejemos—al Dios-Redentor.—

Bailad de gozo inundadas,  
pastorcillas de Betlhen,  
que en esa cueva escondido  
está nuestro dulce Bien.

Venid, pastorcitos,—venid con placer—  
y á Cristo adoremos,—al Dios humanado—  
que vimos nacer.

Mirad la cara del Niño

mas brillante que la luz;  
Gloria á Dios en las alturas  
y al hombre paz y virtud.

Y con muestras—de bien y alegría—  
adoremos—al Niño-Jesus.

### ESCENA VII.

Los mismos,—REBECA—y—JUSEPE,—que han llegado por la  
izquierda momentos antes.

JUSEPE. Al llegar se ha arrematao.

REBECA. Cuanta gente!!...

JUSEPE. Y con tú y yo  
hay mas: mira allí la cueva  
en onde está el Niño-Dios.

REBECA. Ya la veo. Y cuanto brillo!  
pues si esto parece un sol!  
Vamos y le adoraremos  
con toito mi corazon.

JUSEPE. Deja que algunos se vayan  
y asin lo verás mejor:  
mas no solo por lo hermoso  
quieras verlo y con razon,  
sinó por venir del cielo  
y ser el Hijo de Dios.

REBECA. Y el Mesias en prèsona,  
sigun Isac me contó,  
que daba gusto de oirlo  
lo mismo á él que á Jacob.  
Ay! probetico del alma  
en qué pañales nació!

(Preludios suavísimos por la orquesta.)

JUSEPE. Calla y arrímate á un lao  
y haz á la boca chiton  
que oyendo cantar los ángeles  
á la gloria del Señor,

sinó te queas trasponía  
que por mí la cuente yo.

(CORO interior de ángeles con orquesta; música muy ténue.)

De los cielos—la luz vívida,  
alumbrando,—con los cánticos,  
á la furia—de los réprobos  
aconseja—contricion.

Y del hombre—para júbilo  
el acento—de los ángeles,  
ya le canta—en el empíreo,  
la divina—redencion.

Y bienes—sin cuento  
dejando—el pecado,  
y gloria—y ventura  
le guardan—en pos,  
Si atiende—á su vida,  
si olvida—el pasado,  
si sigue—anhelante  
la senda—de Dios.

(Durante el coro de ángeles, por las alturas é inmediaciones de Betlhen aparece la estrella de los Magos que avanza muy lentamente de izquierda á derecha, luego desciende, y por último se fija encima de la cueva al concluir el coro: breve trémolo en seguida por la orquesta; y al aparecer los MAGOS, himno triunfal de gran solemnidad, que dura mientras bajan y llegan á la cueva: los MAGOS aparecen por la izquierda en la mas alta senda del monte y vienen montados en dromedarios y bajan muy despacio: delante GASPAS con su acompañamiento y camellos con cargas: luego BALTASAR de igual manera, y el último MELCHIOR en la misma forma: al lado de cada dromedario vienen dos esclavos conduciéndolo. Todo el acompañamiento del proscenio se agrupa al pié del monte festejando con mucho movimiento la



entrada de los reyes; al llegar estos á la cueva, llevando cada cual su respectivo presente, hincan la rodilla; y en el acto entran en escena por ambos lados del monte, pastores de los dos seesos con dos banderas; una toda blanca en un grupo, y otra toda verde en otro, trayendo además cada uno instrumentos propios de Noche-Buena: los de las banderas se colocan sobre el portal á los dos lados, y los demás bajan tocando con suma animación al compás de la orquesta que al asomar aquellos rompe de nuevo en la pastorela de la escena antecedente: al presentarse estos pastores y mientras bajan, los que están en escena cantan una de las tres coplas anteriores; y al concluir, los de las banderas las agitan en el aire, las tienden sobre la cueva y cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO.



---

## ACTO CUARTO.

---

Atrio del templo de Jerusalem, con dos puertas laterales: dos escalinatas con elegantes pasamanos en la planta baja dan acceso á un piso segundo con columnas practicables que determinan dos galerías, á izquierda y derecha: en medio de este segundo piso, otra gran escalera que lleva á un tercer cuerpo, formado tambien por galerías del propio órden que van á perderse en los últimos términos del foro, á cuyos lados y tocando en los últimos bastidores hay grandes puertas que figuran ser las del templo: adornos de candelabros, ángeles, jarrones, etc., distribuidos convenientemente en los pilares y balaustradas; en el centro de la planta baja y entre las dos escalinatas, habrá un gran pedestal con el águila de oro rota: en los muros y pedestales lápidas con inscripciones: en la parte alta del fondo ventanas transparentes por las cuales se ven encendidas las lámparas del templo.

### ESCENA I.

RAQUEL—con su hijo al lado, á quien cubre con su manto, aunque de manera que se le vea el rostro, se halla sentada en la base del pedestal del águila de oro:—MARIA con dos niños en el escalon mas bajo de la primera escalinata de la derecha: en el escalon mas alto—MUGER 1.<sup>a</sup>—con un niño:—SOBÉ,—con otros dos niños en el segundo ó tercer peldaño de la escalinata de la izquierda: en el último una muger con un niño: en el centro de la primera galería—MUGER 2.<sup>a</sup>—con un grupo de niños abrazados unos con otros: en la escalera superior otra madre con dos niños: en las tres galerías mugeres de pié ó sentadas, con niños en brazos ó recostados en la falda, artísticamente distribuidas. En las puertas del templo mugeres tambien con niños.—Cuadro estudiado.—ESTHER,—con su

hijo en brazos, desolada y poniendo el oído para enterarse de lo que pasa en el exterior, se halla de pié junto á la puerta baja de la derecha.—Silencio profundo en la escena.—Los niños que tengan las actrices y generalmente los de los grupos y primeros términos deben ser naturales.

—Pausa al levantarse el telon.

ESTHER. (Con ansiedad.)

Nada se oye!... ya se han ido...  
ni trompetas ni patrullas...  
toda la ciudad se halla  
mas silenciosa que nunca...  
solo percibo á lo lejos,  
de vez en cuando, confusas  
voces, como de personas  
que sin concierto disputan.  
Nada mas...

(Se retira de la puerta y coloca al lado de la escalera.)

MARIA.

Puede que Herodes

de medida tan injusta  
y bárbara, arrepentido,  
haya dicho que concluya  
el horror de tanta sangre  
que campos y pueblo inunda.

RAQUEL.

Herodes? Mal le conoces:  
un alma tiene tan dura  
que goza en el esterminio  
como en la cosa mas justa:  
¿qué piedad de sangre agena  
ha de tener esa furia,  
cuando al matar sus tres hijos  
no la tuvo de la suya?

¿Le inspiró acaso su esposa  
compasion? Decid,—ninguna:

\*Y por celos! un pretesto

\*para romper la coyunda.

ESTHER.

\*Pero no fueron legítimos?

RAQUEL. \*¿Y quién de ello te asegura?  
\*celos!... ¡mal haya los celos  
\*que en la verdad no se fundan!  
Descuidad; no será Herodes  
quien la barbarie rehuya:  
si á este sitio no se atreve,  
no ha de ser porque se ofusca  
en medio de la matanza  
que horror y miedo acumula,  
sino por respeto al templo  
que á nuestros hijos escuda.  
Antes de acojernos, hice  
con Zacarias consulta,  
y el anciano sacerdote  
por cuyas megillas surcan  
lágrimas de desconsuelo  
al ver mortandad tan ruda,  
dijome:—«Al átrio del templo  
no penetrará la impura  
cuchilla de los verdugos:  
vé, pues, y allí te refugia.  
Y aqui estamos y estaremos  
hasta que pase la lucha;  
y cuando Jacob me avise  
—que es en la calle mi ayuda,—  
que ha terminado esa infamia,  
podremos salir seguras.

ESTHER. ¡Pobres madres desoladas!...  
cuánto grito! cuánta angustia!...  
hoy es Judea un estanque  
de lágrimas!...

RAQUEL. Si amarguras  
tiene Jehováh preparadas  
para el crimen y la culpa,  
es imposible que Herodes  
en el horror no se hunda.

ESTHER. Pero ¿qué causa, qué causa  
será la que así le impulsa

- RAQUEL. á un esterminio tan fiero  
como no se ha visto nunca?  
Livandades de su alma;  
sed de sangre que le apura;  
al terminar un banquete  
en que su brillo deslumbra,  
harto ya de las viandas  
y del placer que le abruma,  
á sus esclavos obsequia  
con cabezas de criaturas.
- ESTHER. Adonái le contenga  
y en él su piedad influya.
- RAQUEL. (Alarmada.) ¿Ois pasos?...
- ESTHER. (Corre á poner el oido en la misma puerta.)  
Muy á lo léjos...  
(Mirando por la cerradura.)  
la galería está oscura...  
¿vendrán?...
- MARIA. El cielo me ampare!  
(Todas las mugeres empiezan á moverse 'de-  
mostrando sobresalto y agitacion.)
- RAQUEL. Que no se mueva ninguna...  
silencio... ¿ois?...
- ESTHER. Son dos hombres  
que en la tiniebla confusa  
no distingo... uno es Jacob...  
tal vez nos traiga fortuna.

## ESCENA II.

Las mismas,—JUSEPE—y—JACOB,—que observa si al-  
guien le sigue.—RAQUEL—deja el niño en el lugar en  
que estaba sentada y vá precipitadamente á su encuen-  
tro: tambien se le acercan—ESTHER,—MARIA—y las  
mugeres mas próximas: las demás ponen el oido con an-  
siedad.

JACOB. No me han visto, ni recelo

que sospechas les infunda.  
Jusepe, acecha y no temas  
que yo estoy aquí en tu ayuda.

JUSEPE. Cuando me haigan digollao  
no me haces farta denguna.

RAQUEL. Habla, Jacob, ¿qué sucede?

JACOB. Aun los germanos se agrupan  
en las afueras del templo,  
y maldicen y murmuran:  
Alejas y Hemor del rey  
esperan orden sin duda;  
y en tanto aquí los soldados  
ansiosos de sangre, bufan.  
Fieras! y llevan matados,  
segun la gente calcula,  
catorce mil...

(Las mugeres hacen una demostracion de dolor, ahogando un grito.)

esos campos  
están cuajados de tumbas.  
Aquí una madre anhelante  
pálida y temblando junta  
los despojos de su hijo,  
y amorosa los sepulta:  
allí otra pide á los cielos  
venganza pronta y segura  
de tal infamia; aqui otra  
tuerce los brazos de angustia:  
gritos, lamentos, dolores  
en todas partes se escuchan...

RAQUEL. Oh! calla, calla...

JACOB. Y los hombres  
doblando la frente ruda  
ante el poder, ni siquiera  
han intentado la lucha:  
amenazados de muerte  
ni aun por sus hijos la buscan.

RAQUEL. Si los hombres fueran madres

(Arranque brioso.)

no temieran á esa turba:  
solo un hombre de aquí falta  
porque el cielo no le ayuda.  
Y mi Isac?

JACOB. Muy apenado:  
le mengua la calentura.

RAQUEL. ¿Quién le acompaña?

JACOB. Su madre.

RAQUEL. Y sabe de mí?

JACOB. Pregunta  
alguna vez, y agobiado  
en el delirio se abruma.

RAQUEL. Y yo lejos de él ahora...  
pero su hijo me escusa.  
Oh! que se vaya Jusepe  
con él tambien, y si alguna  
novedad grave ocurriera  
que aqui á decírmela acuda.

JUSEPE. (Si; como pille los cerros  
naide me vé ni las uñas.)

RAQUEL. Jacob, á tu puesto vuelve;  
mucha precaucion y mucha  
prontitud para avisarnos  
en cuanto el riesgo concluya.  
No puede ser, yo no creo  
que al templo sagrado suban  
y lo profanen verdugos,  
y que esto Jehováh lo sufra.

JACOB. No se atreven, no se atreven:  
hasta el mismo Herodes duda.

RAQUEL. Vé, Jacob, y que los cielos  
nos dén ya mayor ventura.

JACOB. (Yéndose.)

Creo que pronto quedaremos  
en tranquilidad profunda...

(Acercándose á JUSEPE que observa en la  
puerta.)



Hay alguien?

JUSEPE. Yo, que ya estoy  
partió por la cintura.

JACOB. Pues vamos.

JUSEPE. A la majada?

JACOB. Tú solo, y de lo que ocurra  
me avisas aquí al momento.

JUSEPE. Pero, con digollaura  
¿podré venir?

JACOB. Vamos, vamos.

JUSEPE. Tú á la muerte me arrimpujas.

JACOB. Y vosotras gran silencio;  
que ni una voz importuna  
les recuerde que aquí tienen  
(Las mujeres le ofrecen por señas su silencio.)  
la presa que les impulsa.  
Silencio!...

(Vánse cerrando la puerta con sigilo.)

### ESCENA III.

Las mismas, menos—JACOB—y—JUSEPE.—RAQUEL—  
vá á mirar por la cerradura de la puerta poniendo el oído.

RAQUEL. Alla ván... su celo

(Se aparta.)

no pagaremos bien nunca...

ánimo, pues, y aguardemos

muy pronto mejor fortuna.

El sosiego que se nota

en Jerusalem, me anuncia

que ha calmado del tirano

la sed de sangre iracunda.

Volvamos á nuestros puestos,

y tú, Esther, cual siempre aguza

el oído, y que por lo menos

el bien en tí se traduzca.

(Todas las mugeres vuelven á ocupar el sitio  
que al empezar el acto.)

ESTHER. Poco valor ya me queda:  
es tan vehemente y profunda  
la zozobra que me agita,  
que en vano mi voz la oculta:  
el mas pequeño ruido  
cual nuncio de mal, me asusta;  
y si de inquietud tan grande  
aun mucho las horas duran,  
va á acabar con mi existencia  
el miedo que la atribula.

MARIA. Imposible es que en el mundo  
haya habido quienes sufran  
como nosotras...

RAQUEL. Silencio!...

(Señalando á la izquierda.)

Esther... no sientes confusas  
pisadas?...

(Mucha pausa y mucha agitacion en los si-  
guientes versos.)

ESTHER. (A la izquierda.) Y se aproximan...  
y mas cerca se apresuran...  
son dos hombres... me parece...  
soldados!!... no tengo duda...

(Retirándose de la puerta.)

(Al decir esta palabra, algunos niños, los  
mayores, tratan de refugiarse detrás de las  
mugeres: estas, sin levantarse del todo, se  
elevan un poco en actitud de acceho.)

RAQUEL. (A media voz.)

Acaso pasen de largo...

(Todas con la vista en la puerta y demos-  
trando el mayor terror.)

Veis?... se alejan...

ESTHER. ¡Oh fortuna!

(Acercándose de nuevo á la puerta y ponien-  
do el oido.)

Nada se oye... me parece...  
mal haya tanta amargura!!...

(Abrese repentinamente la puerta y con la misma rapidéz entra y se presenta ALEJAS seguido de HEMOR: las mugeres no pueden contener un grito involuntario que debe ser muy bien ensayado para que no resulte graneado, sinó unánime y general, poniéndose todas simultáneamente de pié, unas guareciendo á sus hijos con su cuerpo; otras envolviéndolos en sus mantos, pero tomando todas una actitud amenazadora: los niños que pueden andar, se han refugiado detrás de las balaustradas, columnas ó pedestales: nuevo cuadro de estudio y cuidado que se deja ver un momento en el mayor silencio: RAQUEL cubre á su hijo con el manto; pero al ver que la puerta se cierra violentamente tras los personajes que han entrado, lo entrega á MARIA y arroja el manto al pié del pedestal: en toda esta escena debe haber la pausa y el colorido necesario de terror imponente y magestuoso.)

#### ESCENA IV.

Los mismos—ALEJAS,—HEMOR.

ALEJAS. (Entrando rápidamente por la izquierda y con voz fuerte.)

Madres de Judá!...

(Grito unánime: movimiento de figuras que en seguida quedan inmóviles; ALEJAS avanza lentamente sin dejar de mirar á RAQUEL la cual dá algunos pasos hácia él: cuando está á su lado continúa.)

Raquel...

¿Por qué aquí también?... tú en esta medida debias creerte una escepcion de la regla: así es que no hallo razon

para que caudillo seas  
de estas mugeres, que á caso  
otro tal por tí no hicieran.

RAQUEL. Salvo ó no en esta matanza  
mi hijo, que eso es problema,  
yo madre, he debido unirme  
á las madres de Judea  
para pedir á los cielos  
que píos nos favorezcan:  
no juzgué libre á mi hijo;  
mas á tener la evidencia,  
nunca hubiera yo dejado  
solas á mis compañeras;  
y no para acaudillarlas,  
que son débiles mis fuerzas,  
sinó para en ese trance  
llorar mi dolor con ellas,  
(Acercándose con altivez y á media voz á  
ALEJAS )

y manifestar á Herodes  
que era estéril su indulgencia,  
si pretendia cambiarla  
por esperanza ó promesa.

ALEJAS Pues bien, descansad tranquilas  
que desde este punto cesa  
la degollacion; el rey  
su intencion ya satisfecha,  
perdona á todos los niños  
que en ciudad y campos quedan,  
y mas á los que en el templo  
guarecieron su existencia;

(Se deshace el cuadro: las mugeres besan y  
abrazan á sus hijos con el mayor entusiasmo,  
acercándose á las escaleras.)

libres sois, pues, y podeis  
tornar á vuestras viviendas  
sin cuidados ni recelo:  
Hemor, deja las dos puertas

espeditas á su paso  
y que salgan cuando quieran.

(HEMOR abre la de la derecha, luego la de la izquierda y permanece en este lado: algunas mugeres manifiestan deseo de salir: RAQUEL las contiene con una mirada.)

RAQUEL. (Con intencion.)  
¿Con que dices que perdona  
el rey?

ALEJAS. Su palabra empeña.

RAQUEL. ¿Y á quién perdona?

ALEJAS. A los niños.

RAQUEL. Pero el perdon dice ofensa  
anterior, y no comprendo...

ALEJAS. Mucho la cuestion sondeas:  
llámalo como te plazca;  
pero estais libres.

RAQUEL. ¿De veras?

ALEJAS. Si dudas de lo que digo  
basta con que comprendas  
dos cosas: que esa medida  
á Jerusalem liberta  
y en ella estais; y que el templo  
es sagrado.

RAQUEL. ¿Y quién me niega  
que al salir con nuestros hijos  
haber en las calles pueda  
ó en las puertas ó en el campo  
soldados que nos sorprendan?

ALEJAS. Mi palabra y la del rey.  
Salid y vereis mi oferta...

(ESTHER, MARIA y algunas mugeres se han acercado á la derecha, junto á RAQUEL, de modo que entre todas cubran la puerta de este lado: otras mugeres permanecen todavia dudasas en las escaleras y galerías.)

ESTHER. (Salimos?) (A Raquel.)

RAQUEL. (Idem.) (Todavía no.)

Pues bien, si podemos, sea,  
Pero si aquí nos afirmas  
que ningun riesgo nos cerca,  
y que al salir nuestros hijos  
segura la vida llevan,  
no tendrás dificultad  
en darnos de ello una prueba...

ALEJAS. Cuál?

RAQUEL. Tu acero... como signo  
de paz y verdad en prenda.

ALEJAS. Yo no debo despojarme...

RAQUEL. Rehusas?...

ALEJAS. (Con resolucion.) Toma.

RAQUEL (A las mugeres.) Vamos fuera.

ESTHER. Salimos? (A Raquel.)

RAQUEL. (Rápido á Esther.) Yo iré á su lado  
y apenas peligro advierta,  
lo mato. (Mostrando la espada.)

ALEJAS. (Rápidamente y con disimulo á Hemor.)

(Ha sido preciso:  
cólocate detrás de ella  
y al salir fuera, la quitas  
el acero.)

(Sigue hablando con HEMOR con el mayor  
disimulo.)

## ESCENA V.

Los mismos—JACOB—que entra muy agachado por la derecha y cubriéndose con las mugeres: llega y se coloca detrás de—RAQUEL—y le dice rápidamente.

JACOB.

No lo creas:  
centuriones y germanos  
emboscados os esperan:  
no salgais de modo alguno  
que la traicion os acecha.

(Vase de igual modo que entró.)

ESCENA VI.

Los mismos,—menos—JACOB.—RAQUEL,—ESTHER,—  
MARIA—y demás mugeres del grupo no pueden conte-  
ner ún grito ahogado.

RAQUEL } Ah!!  
Y OTRAS. }

ALEJAS. (Volviendo la cara rápidamente.)  
Qué?

RAQUEL. Nada... conveníamos  
en que es tu alma sincéra,  
y por lo tanto que estamos  
todas á salir dispuestas:  
pero por no ser objeto  
de miradas indiscretas,  
he pensado que se vayan  
solas y por ambas puertas;  
y en tanto, yo aquí me quedo  
para salir la postrera;  
y me quedo con los niños,  
(Mucha intencion.)  
hasta que sus madres vuelvan  
por ellos, ó Zacarias  
á los sacrificios venga.

ALEJAS. No puede ser, que se debe  
cerrar el templo.

RAQUEL. ¿Se cierra?  
cuándo?

ALEJAS. Eso á tí no te importa.

RAQUEL. Y tú ¿por qué así te empeñas  
en que salgamos al punto?

ALEJAS. Porque Herodes os lo ordena.

RAQUEL. Pues no salimos.

ALEJAS. Raquel!  
no apures mas mi paciencia.

RAQUEL. Alejas, no nos engañas.

ALEJAS. Pues que así lo quieres, sea.

(A Hemor.)

Entren aquí centuriones,

(Hace una señal á HEMOR que atraviesa y sale por la derecha.)

(A la puerta de la izquierda llamando.)

germanos, no haya clemencia,  
arrollemos hasta el templo

y que en el templo perezcan. (Sale.)

## ESCENA VII.

Suenan trompetas y clarines tocando á degüello; voces y murmullos fuera.—Gritos, carreras, lamentos, consternacion completa.—RAQUEL—se lanza sobre su hijo que coje en el brazo izquierdo, y sube á la primera galería esgrimiendo el acero de—ALEJAS.—ESTHER—y—MARIA—vân á escapar por la puerta derecha, lo mismo que—SOBÉ—y otras mugeres por la de la izquierda cuando penetran soldados por las puertas bajas y altas, menos las del templo, en el mayor desórden, quedando unos con los personages del proscenio y subiendo otros á las diferentes galerías: los niños que pueden correr, se amparan tras de los pedestales ó columnas llorando y gritando: otros se guarecen detrás de las mugeres: un soldado forcejea con—MARIA—por quitarle á su hijo; pero ella le defiende, pretendiendo ahogar con una mano al soldado:—ESTHER—de rodillas pide á un centurion que no mate á su hijo que le ha quitado: vá á desnudar el acero y al amagarlo, oye lo que dice—ESTHER,—duda y le arroja el niño á los brazos y sale de la escena:—SOBÉ—lucha al pié de la escalera con otro soldado, avanzándose á él y mordiéndole en un hombro: al mismo tiempo llega un niño de los mayores, dá por detrás algunos puñetazos al soldado y escapa á esconderse tras una columna: arriba varios grupos de soldados luchando con las mugeres, unas rogando con los brazos abiertos y en el mayor desórden, otras de rodillas: los soldados empujan á unas, quitan á otras los niños y corren con ellos



fuera de la escena: una muger baja desolada huyendo de un soldado que la persigue, sale corriendo y el soldado detrás: varios niños huyen por las puertas: arriba una muger cae desmayada: un soldado lucha con otra queriendo arrancarle su hijo que defiende valerosamente: se lo quita por fin y lo arroja airado sobre el pavimento: en las balaustradas y pedestales ó en el suelo quedan algunos mantos y chias de las mugeres: en medio de este cuadro imponente se vé á—RAQUEL—en lo alto de la escalinata derecha, peleando con un soldado, á quien acosa con el acero: por último llega este al primer escalon alto, pierde el equilibrio y rueda por la escalera, á cuyo pié se levanta y sale: otro soldado se le interpone, lucha con ella, y batiéndose á sablazos bajan juntos la escalera, ella persiguiéndole y al llegar abajo le clava el acero: el soldado tira el suyo, se pone la mano sobre el corazon, dá algunos pasos, y cae muerto junto á la puerta derecha, de modo que lo vea caer el público, pero quedando fuera de la escena: este episodio tiene lugar cuando ya todos los soldados, mugeres y niños han ido saliendo; de manera que solo queden en el escenario—RAQUEL—luchando con el último soldado. Los diferentes y mas señalados sucesos que se esplican en esta nota tendrán lugar á medida que los vaya marcando el diálogo; pero no por eso perderá el cuadro su rapidéz, colorido general de confusion, gemidos, gritería, llanto, desórden y consternacion.

RAQUEL. Ah! mi hijo!

MARIA. El mio!

SOBÉ. Y el mio!

RAQUEL. Infames!

ESTHER. Por esta puerta...

ah! que los matan...

(Ahora entran todos los soldados.)

RAQUEL. Verdugos!

MARIA. Piedad!

ESTHER. Socorro!

MUGER 1.<sup>a</sup> Las fuerzas

- me abandonan...
- MUGER 2.<sup>a</sup> Si le matas,  
mátame tambien...  
(Detrás del soldado y sale.)
- ESTHER. ¡Clemencia!  
compasion! si tienes madre...  
oh! te lo pido por ella,  
no mates al inocente...
- SOBÉ. No quiero... valor me resta  
para luchar...
- MARIA. Ah! Dios mio!...  
(Sale con el niño.)
- SOBÉ. Oh! no habrá quien nos defienda...  
(Salen luchando.)
- MUGER 1.<sup>a</sup> Piedad, Dios mio! dejadme...  
(Sale corriendo delante del soldado.)
- MUGER 2.<sup>a</sup> Mal corazon, alma negra!  
ay! (Con un grito al caer empujada por el  
soldado: luego sale desolada.)
- RAQUEL. Al infierno... asesinos!...  
(Cae y rueda el soldado por la escalera.)
- ESTHER. No, no, piedad... se lo llevan.  
(Sale detrás.)
- RAQUEL. Otro!... (y los demás se fueron...)  
valor... para tí... me queda...  
(Le clava la espada y vá á caer fuera de la es-  
cena.—Desde que dice RAQUEL «Ah! MI HI-  
JO!» hasta este verso dura el cuadro de deso-  
lacion: pero todo èl debe ser tan rápido que  
todos los personajes hablen á un mismo tiem-  
po: de manera que no debe pasar de un mi-  
nuto la escena de confusion, desde que en-  
tran los soldados hasta que salen con madres  
y niños.)  
lo he matado... pero mi hijo...  
(Convulsa.)  
vive!... (Sollozando.) en salvo!...  
(Besándolo con mucha agitacion y sollozos.)

Dios me premia...  
no sé cómo se ha librado...

el temor... (Sonido de trompetas fuera que se van alejando.) esas trompetas...

(Variando de tono y ocultando á su hijo )  
vuelven quizá?... ¡qué agonía!...

\*no... me parece... se alejan...

\*se alejan, si... pues entonces...

\*se van?... se van... y esas puertas

\*cerradas... nada se oye...

(Llega á una y otra sucesivamente, segun lo indica el verso.)

con las almas satisfechas  
se irán, de haber desgarrado  
vidas de amor placenteras...

por este lado tampoco...

y estoy sola... todas ellas

estarán ahora llorando

la inmensidad de sus penas...

Oh! Jehováh me ha protegido:

tras esa lucha funesta

lo miro y vuelvo á mirarlo (A su hijo.)

y el júbilo me enajena...

(Sigue besando á su hijo con repeticion y entusiasmo, sentada en el primer peldaño de la escalera.)

## ESCENA VIII.

Pausa.—Abrese la puerta derecha del templo y aparece—

HERODES,—seguido de cuatro soldados tracios que se colocan delante de la misma puerta, la cual queda cerrada.—

RAQUEL,—HERODES,—soldados.

HERODES. (Deteniéndose en el centro y observando todo el átrio.)

Los despojos de la lucha!...

esto me demuestra al cabo

que ha sido el soldado bravo

y la resistencia mucha...

(Avanzando muy lentamente.)

Así tendrán un ejemplo  
al ver mi severidad,  
que para mi voluntad  
no está libre ni aun el templo. (Pausa.)

(Baja á la segunda galeria del átrio.)

RAQUEL. Siento pasos... si la grey  
de verdugos... (Levantándose.)  
no me engaño...  
pasos son y por mi daño...  
¿quién vendrá?...

HERODES. Raquel!

RAQUEL. El rey!!

(Aprovechando la lenta bajada del rey, oculta RAQUEL precipitadamente á su hijo detrás del pedestal del centro.)

HERODES. (Qué habrá ocultado?... es el niño!...)  
(RAQUEL creyendo que HERODES no ha notado su accion procura tranquilizarse y aparentar serenidad.)

HERODES. (Abajo.) Tú en el átrio todavía?

RAQUEL. Si... señor... en él... cumplia  
un deber de mi cariño.  
Pues al llanto nos condenas...  
dando á nuestros hijos muerte...  
sola... dejóme mi suerte  
y aquí lloraba mis penas.

HERODES. (Desentendiéndose.)  
Tú, escepcion de mi mandato,  
puedes calmar tus dolores,  
si me inclinas los favores  
de tu corazon ingrato.

RAQUEL. Mi dolor es tan prolijo  
que ya consuelos no escucha.

HERODES. Por qué?

RAQUEL. Porque en esta lucha...  
tambien han muerto á mi hijo.

HERODES. \*Pero... ¿lo sabes de cierto?...

\*y si acaso se ha librado

(Con mucha intencion.)

\*y lo tengo preparado

\*para un cambio?

RAQUEL. (Alarmada y sin dejar de observarlo.)

No... lo han muerto.

HERODES. \*Pues bien: supón que de aquí

\*de tus brazos lo arrancaron

\*y á palacio lo llevaron

\*y que yo lo tengo allí.

RAQUEL. \*Señor... si no puede ser...

\*delante de mí... aquí mismo...

\*con el mayor rigorismo...

\*pedazos... lo ví yo hacer...

HERODES. Te engañó tu fantasía

y yo devolverlo puedo

á tus brazos: mas si cedo

cede al par en tu porfía.

Escoje: tu hijo y mi trono

y con él vida y riqueza;

ó si aun dás en la aspereza,

la muerte y el abandono.

RAQUEL. Señor, desiste; en mi duelo

que es por desgracia profundo,

no me quedan en el mundo

mas que llanto y desconsuelo.

Mi esposo enfermo; mi hijo

muerto por tus centuriones...

HERODES. Aun sigues en tus razones?

RAQUEL. Pero, señor, si es lo fijo...

\*me lo han matado!

HERODES. No cedés!...

RAQUEL. \*Y qué he de hacer si lo lloro?

HERODES. \*Ya ves que tambien imploro!...

RAQUEL. \*Preguntárselo á ellos puedes.

HERODES. Pues no te logro vencer

mi deseo ha terminado...

aquí, tracios, á mi lado!

RAQUEL. (Ahogando un grito y haciendo hácia el pedestal un movimiento involuntario.)

Ah!... señor... ¿qué vas á hacer?

HERODES. No alcanzando por quien soy

(Muy despacio.)

que mi brillo te deslumbre,

llamo, como de costumbre,

á mis guardias, y me voy...

(Los tracios han bajado, colocándose detrás de HERODES.)

Soldados! haced de suerte

(Marcando las palabras.)

que no se embote el puñal:

detrás de aquel pedestal (Rápido.)

hay un niño: dadle muerte.

(RAQUEL dá un grito, vuélvese con rapidéz

y se avanza al pedestal para cojer á su hijo;

pero mas rápidos que ella los tracios, la sugen-

tan entre dos, mientras los otros dos se apode-

ran del niño: durante la siguiente redondilla

hay un momento de lucha entre RAQUEL y

los soldados.)

RAQUEL. Ah! ah! mi hijo... no me subyugo...

atrás, turba envilecida...

antes quitadme la vida...

cobarde, infame, verdugo...

(Vuélvese desfallecida y al ver en la puerta

á los soldados con el niño, dá un grito: viene

á la escena y encarándose con el rey y en

un ímpetu de delirio, esclama:)

Mi hijo, mi hijo, tirano!!

maldita de Dios tu ley!...

voy á arrancarte, villano,

el torpe aliento inhumano...

ah! (Avalanzándose á él rugiente de locura.)

HERODES. (Con iracundia.)

RaqueL, que soy el rey!!...

(Los soldados permanecen inmóviles asomando á la puerta en actitud amenazante, prontos á matar el niño.)

RAQUEL. Pues bien, si eres rey, dispon que me devuelvan al hijo de mi vida... (Con súplica imponente.)

HERODES. Habrá perdon, mas con una condicion.

RAQUEL. Oh! que estás harto prolijo!

HERODES. Esperad... (A los soldados.)  
aun de mi encono

sabré contener la furia:  
habla pues y lo perdono,  
olvidando que mi trono  
hoy has cubierto de injuria.

RAQUEL. Su vida, su vida quiero.

HERODES. Inútil es tu reyerta:  
cede el desden altanero;  
y sinó, piénsalo! muerta  
verte á mis plantas prefiero.

RAQUEL. Ceder? oh! nunca!! La historia  
del deber llevo grabada  
con mi honor en la memoria.

HERODES. Tu deber...

RAQUEL. Esa es mi gloria.

HERODES. Siempre altiva.

RAQUEL. Siempre honrada.

HERODES. Su vida!!...

RAQUEL. La raza hebrea  
rechaza el torpe albedrio  
del verdugo de Judea.

HERODES. Oh! lo quieres! pues bien, sea:  
matadlo. (A los soldados que desaparecen  
con el niño.)

RAQUEL. Dios mio! Dios mio!...

(Pasándose la mano por la frente como desvanecida: se repone airadamente y destrenzándose frenética el cabello, toma toda la

entonacion y actitud de una matrona y se dirige á HERODES imponente y magestuosa.)

Herodes!! pues bien; escucha de mis lábios tu sentencia, y si tu maldad es mucha, tiembla ya, que en esta lucha soy aquí tu Providencia.

Tiembla, esclavo coronado, que en tu ambicion engreido no eres del Señor ungido, ni el rey digno del Senado ni del pueblo el elegido.

Asesino de Mariana! has sembrado tanto duelo con tu soberbia villana que ya tu planta profana afrenta al mundo y al cielo.

Los fariseos activos tu débil poder barrenan con los árabes altivos: y te maldicen los vivos y los muertos te condenan.

HERODES. Raquel! Raquel! sella el labio ó aquí mismo... (Echando mano al puñal.)

RAQUEL. Vano intento! qué harás! si en este momento ni espero mayor agravio ni temo mayor tormento? En balde rudo y ardiente por tu pasion arbitraria te juzgas omnipotente, que es un baldon en tu frente tu corona tributaria. Un laurel en sangre tinto, sarcasmo vil de tu sólio, cogido en el laberinto del idólatra recinto del inmoral capitolio.



En vano el mal que te inspira  
los instintos inclementes  
y que á tu daño conspira,  
ha degollado inocentes:  
uno se ha salvado... mira!

(Trémolo duleísimo por la orquesta, mientras pasa la vision.—En el fondo y sobre la galería alta del templo se ha descubierto un camino practicable, coronado por un monte lleno de nieve: y á través de una gasa fantástica pasa ese divino grupo que se llama la HUIDA Á EGIPTO: este grupo menos la mula, debe ser natural: delante el ÁNGEL á pié llevando de un cordon la mula en que vá montada la SANTÍSIMA VÍRGEN con el NIÑO-DIOS en brazos; detrás á pié SAN JOSÉ, apoyando la mano izquierda en la grupa de la mula: luz Dumont alumbrá este grupo. Cuando la vision ha pasado de izquierda á derecha se cierra de nuevo la decoración en la forma que estaba.)

HERODES. (Al verla aterrorizado.)

Un niño!!... (Pausa hasta que desaparece la vision ) Tracío! germano!

(Con voz iracunda y enronquecida.)

pese á mi destino adverso,  
corred, matadlo!...

RAQUEL.

Es en vano,

que ese Niño es soberano;  
es el Rey del universo.

El Mesías adorable  
de tus liviandades yugo;  
juez que será inexorable  
de Herodes el implacable,  
del rey tirano y verdugo.

HERODES. No mas; no mas...

RAQUEL.

Y tu vida

llena de luto y horrores,  
infame y aborrecida,

muy pronto verás perdida  
entre miseria y dolores.

HERODES. Si tal fuera; si el misterio  
de ese poder me derumba,  
antes haré en el imperio  
cada pueblo un cementerio;  
cada palacio una tumba.  
Mas hora á la destemplanza  
de tus insultos, prefijo  
la pena que se me alcanza.

(Toma con violencia á RAQUEL de un brazo,  
la conduce cerca de la puerta izquierda y le  
dice mostrándole dentro con saña profunda.)  
Allí tienes mi venganza!!

(La suelta el brazo con altivez y desprecio y  
se dirige á las escaleras del templo, donde se  
detiene un momento y vuelve la cara, la con-  
templa, se encoje de hombros y sigue.)

RAQUEL.

(Con un grito inesplicable.)  
Ah! mi hijo! ¡muerto!!!... ¡mi hijo!!!...

(Hace un esfuerzo sobrehumano: se pone una  
mano sobre el corazón, vacila y cae desplo-  
mada: simultáneamente á la subida de HERO-  
DES y caída de RAQUEL, se abre la puerta  
de la derecha y asoman JACOB y JUSEPE el  
cual apenas se deja ver del público: JACOB  
vá á entrar y se detiene aterrado al ver al rey  
que sube y á RAQUEL en el suelo.—Orques-  
ta preparada, y al decir RAQUEL el último  
verso y caer muerta, marcha fúnebre que du-  
ra hasta entrar HERODES en el templo y caer  
lentamente el tñlon.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

---

## ACTO QUINTO.

---

Suntuosa cámara de Herodes: en el fondo otra mas pequeña donde tiene el lecho que es de forma romana: en cada ángulo hay una columna envuelta en tapiées y colgaduras; las paredes cubiertas de armas, escudos y efectos de guerra: la cámara principal es una seccion de un eságonou, y la del lecho una pequeña rotonda: todo el riquísimo adorno de esta estancia es egipcio: muro compacto á la izquierda: una lámpara romana sobre un pedestal en la misma puerta del fondo, alumbra la escena.

### ESCENA I.

HERODES—con los vestidos algo desordenados, se halla sentado en la rotonda, en un riquísimo divan y con la cabeza reclinada en el lecho:—HEMOR—á la puerta de pié contemplándolo:—ALEJAS—que entra por la derecha.

ALEJAS. (A media voz.) Duerme?...

HEMOR. (Bajando, id.) No sé: hace tres dias que errante vaga intranquilo por palacio, y á menudo se detiene pensativo.

\*Medita breves momentos;

\*palidece y dá un suspiro,

\*y torna á sus reflexiones

\*y vuelve á andar indeciso.

Mas que en proyectos, parece que se preocupa en delirios.

ALEJAS. Desde el degüello en el templo apesarado le he visto, y lo atribuyo á la muerte.

de Raquel: y no concibo  
si el rey la mató, cual piensan  
los tracios que á su servicio  
fueron, por qué este silencio,  
ni de su muerte el motivo.

HEMOR. Nada se sabe... de entonces  
cayó en este parasismo  
que en insomnio permanente  
y en distraccion le ha sumido:  
no consiente hablar con nadie...

ALEJAS. Oh! seguro, ni aun conmigo.  
Por eso me estraña tanto  
su empeño tenáz y fijo  
de hablar con ese pastor  
que á palacio hemos traído  
de su órden: ¿no lo adivinas?

HEMOR. En esto quizá adivino  
algun fin; pero son tales  
su gravedad y sigilo  
que ya tengo sus ideas  
por confuso laberinto.  
Hace unos instantes, víctima  
de algun recuerdo maligno  
murmuró... «te queda poco  
de vida... yo te maldigo...  
verdugo!... esclavo!...» y no sé  
á quien con este delirio  
amenaza ya de muerte;...  
luégo recae en lo mismo...

ALEJAS. Es estraño... nunca ha estado  
tan ceñudo... y ese edicto  
que ha mandado publicar  
en todo el reino... me admiro...  
no sé qué objeto...

HEMOR. Tampoco  
yo, y por cierto que me dijo  
con sumo interés,—«cuidado  
que no se quede en olvido

ni un pueblo, ni una comarca,  
ni el mas pequeño recinto,  
donde no sea en breve tiempo  
mi mandato conocido...

ALEJAS.

Por cierto que me parece  
si misterioso, conciso:  
«que dentro de quince dias,  
sin faltar al plazo fijo,  
en Jericó se reunan  
los principales judíos  
del reino, y los sacerdotes  
y príncipes y caudillos  
para noticiarles cosas,  
que exigen grande sigilo  
hasta entonces, y que son  
de interés importantísimo...»  
No comprendo...

HEMOR.

El resultado  
aun lo reserva en su juicio:  
veremos cuando se cumpla  
el plazo, con qué motivo  
ha juntado á tanta gente.

ALEJAS.

Silencio!...

HEMOR.

Vuelve al delirio:

¿lo oyes?

HERODES.

(Soñando.) Juez... inexorable!...  
verdugo!... rey!... asesino!...

HEMOR.

Siempre frases incoherentes  
y recuerdos de esterminio.

HERODES.

(Idem.) Tu muerte... ya se aproxima...  
Horror!... miseria!...

HEMOR.

Lo mismo:  
siempre la fatal idea:  
la amenaza...

ALEJAS.

Se ha movido...  
Ya despertó: ¡qué abrumado  
y pálido y pensativo!...

HERODES.

Hemor!

- HEMOR. (A la puerta.) Señor, aquí estoy,  
como siempre, á tu servicio.
- HERODES. (Saliendo lentamente.)  
Ah! la frente se me abrasa...  
Tengo sed... ¿ha anochecido?...
- HEMOR. Si señor.
- HERODES. ¡Cuánto silencio!...  
ah! ¿se publicó el edicto?
- HEMOR. Si, señor, como mandaste.
- HERODES. En todo el reino?
- HEMOR. Han salido  
oficiales encargados  
y á todos dije lo mismo.
- HERODES. Cuidado que no se olvide  
valle, ni pueblo, ni risco  
donde no se dén pregones  
diciendo su contenido.
- ALEJAS. Por cierto que se preguntan  
con ansiedad los judíos  
para qué los querrá Herodes  
en Jericó.
- HERODES. Son caprichos...  
Oídme;... mi muerte se acerca...
- ALEJAS. Señor, deja el desvarío  
y piensa solo en la vida.
- HERODES. Me lo han dicho... me lo han dicho...  
y no la temo por cierto;  
es el término previsto...  
Pues bien; un rey de mi alteza  
no debe hallar fin mezquino,  
sino ser por todo el pueblo  
inmensamente sentido,  
(Mucho colorido de intencion, maldad é hi-  
pocresía en todo este diálogo.)  
demostrando en luto público  
y en lágrimas su cariño.  
Yo pienso... y no sé, del reino  
por qué soy aborrecido:



y el recuerdo de mi nombre  
no será pobre y mezquino...  
¿Me jurais obedecerme?  
Ya veis que hacerlo es preciso.

ALEJAS. Señor, no hables de la muerte  
y abandona ese designio.

HERODES. No.

HEMOR. Desiste por tu vida  
que apreciamos.

HERODES. No desisto:  
juradme aquí la obediencia,  
y sinó...

ALEJAS. Queda tranquilo:  
te obedeceremos.

HERODES. Cuenta  
que han de ir allí los mas ricos,  
los principales... á esos...  
que mueran todos.

ALEJAS. Me obligo  
á ejecutar tu mandato.

HERODES. Hemor... y tú?

HEMOR. Yo lo mismo.

HERODES. Muy bien... pues ahora dejadme  
que medite en mi destino.

(Al irse Alejas y Hemor.)

Ah! ¿vino el pastor?

ALEJAS. Há rato  
que á cumplir tu gusto vino.

HERODES. Sí? tráele aquí; que éntre al punto;  
y cuando haya entrado, idos  
y esperad fuera mis órdenes  
que hablar con él necesito.

## ESCENA II.

HERODES:—luego—REBECA—y—JUSEPE—por la de-  
recha.

HERODES. Dicen que murió en el templo...



tal vez!... aquella fiereza!  
aquel dolor! yo no tuve  
la culpa: y además cuentan  
que en seguida dos pastores  
que quizá sus deudos fueran,  
con sumo secreto al valle  
de Eder, la llevaron muerta.  
Ahora lo sabré.

JUSEPE. (En la puerta.) (Las patas  
se man diflojao, Rebeca.)

REBECA. (Si mos matan, Jusepillo,  
qué le hemos de hacer! paciencia!)

JUSEPE. Ay! ay! que güerve la cara!

HERODES. Acércate, ¿quién es esa  
muger?

JUSEPE. Mi... hermana...

HERODES. Y qué causa  
te hace aquí venir con ella?

JUSEPE. (Platica tú.) (Con mucho miedo y sin po-  
der articular palabra.)

REBECA. Rey Heroes,  
este es tan corto de cencia  
y asin... tan poco pirfléuto  
y tan seco de mollera,  
que necesita intérprete.

JUSEPE. Eso; intrepíte.

HERODES. Bien, cesa...  
y ahora caigo; yo os he visto  
otra vez.

JUSEPE. (Ay! mi cabeza!  
Platica tú.)

REBECA. Como andamos...  
por toas partes, á la juerza,  
el que mos mira... mos vé,...  
y el que mos vé, mos ricuerda.

JUSEPE. Eso.

HERODES. Y ¿el otro pastor  
con quien tú sacaste fuera

del templo á Raquel?...

JUSEPE. (Zambomba!  
que ha sabío la faena!)

REBECA. Yo... Raquel... (Platica tú.)  
Está junto á la dolencia  
del rabadán que se muere  
á chorros.

JUSEPE. A chorros.

HERODES. Y ella?

REBECA. Señor, si murió en el templo  
sin saber de qué manera.

JUSEPE. Eso, defunta... de muerte.

HERODES. Con que murió!

REBECA. Fué una pena.

HERODES. Y la llevasteis al valle  
de Eder, para darle tierra?

JUSEPE. Eso! junto á los carneros.  
(Haciendo pucheros.)

HERODES. Pues bien, idos. (Si ya es muerta  
inútil es que me afane  
en mis terribles ideas.  
Ella tal fin se propuso  
desdeñando mis promesas.)  
(Los dos se han retirado un poco.)

JUSEPE. (Ahora no platiques tú  
que platica él.)

HERODES. Eso era  
lo que queria saber;  
nada mas; idos ya fuera.

REBECA. Señor, dispon de musotros.

JUSEPE. (Eso no, porque digüella.)

REBECA. (Calla, tonto, asin se dice (Yéndose.)  
siempre, mas que no se sienta.)

JUSEPE. (Oye, aprieta los talones  
no sea que atrás se güerva,  
que ya digollao me he visto  
catorce veces con esta.)

### ESCENA III.

Empieza á oscurecer lentamente, de modo que cuando aparezca—**RAQUEL**—estén ya completamente oscuros la sala y el escenario.—**HERODES**.

**HERODES.** Muerta Raquel, ya no tengo inquieta duda en el alma,  
y recobrada la calma  
en mi valor me mantengo...  
Yo creo que fué ilusion  
lo del niño aquel que huia,  
hija de mi fantasía  
turbada por la ocasion.  
Si los magos no han venido  
claro es que no lo encontraron;  
y pues que no me avisaron  
prueba de que no ha nacido.  
Pero Raquel!... al morir  
me echó en cara mi pasado...  
y por mi presente airado  
condenó mi porvenir.  
Mas ella... pobre muger!  
su sentencia es ilusoria...  
lo que hable de mí la historia,  
eso quisiera saber.  
Sin embargo, me estremece  
su tremenda profecía:  
que muy pronto moriria!!  
y dijo mas... me parece  
que la estoy viendo, iracunda  
por la muerte de su hijo...  
antes de morir... me dijo  
con voz terrible y profunda...  
No me acuerdo... en su agonía  
tambien se turbó de suerte...  
que si me anunció la muerte

nó cuándo y cómo sería...  
Me dijo... en la mente impreso  
lo tengo... y no lo coordino...  
¡Memoria!... que mi destino...  
quebranto... penas... no es eso...  
Dijo...

(El muro de la izquierda modela rápidamente la figura de RAQUEL: sale esta á la escena, y vuelve á quedar el muro como estaba.—RAQUEL con los ojos cerrados, trae túnica suelta de gasa blanca, cabello tendido, una sencilla y pequeña corona de laurel sobre las sienes y una varita de oro en la mano: se adelanta lentamente.)

## ESCENA IV.

HERODES—RAQUEL.

RAQUEL. (Con acento solemne y profético.)

Tu vida de horrores  
infame y aborrecida,  
pronto la verás perdida  
entre miseria y dolores.

HERODES. (Aterrado.)

Raquel!... mi mente se asombra!...  
esas fueron sus palabras...  
Raquel! vives, y aun me labras?...

RAQUEL. No soy Raquel, soy su sombra.

oyeme;—pues iracundo,  
dudando de mi sentencia,  
quieres saber con vehemencia  
lo que de tí dirá el mundo;  
cuando ya el mal te derrumba,  
para decirte tu suerte  
y la causa de tu muerte,  
me levanto de la tumba...  
¿Quieres saber con empeño

cuál dice que es infalible  
tu pasado?...

(RAQUEL ha avanzado lentamente hácia la pared del foro y tocando en ella con su vara, cerca de la rotonda, se transparenta súbitamente en letras grandes de fuego la palabra HORRIBLE.)

(Tocando con la vara.) Mira!

HERODES. (Apartándose aterrado.) Horrible!!

RAQUEL. No es un pasado halagüeño.  
¿Quieres ver cómo tu impura  
ley hace que hoy mismo llame  
tu presente?... Mira!

(Vuelve á tocar aparece la palabra INFAME.)

HERODES. Infame!!

RAQUEL. No es presente de ventura.  
¿Quieres saber de la historia  
qué en tu porvenir ha escrito?  
Pásmate y mira!

(Toca otra vez y aparece la palabra MALDITO.)

HERODES. Maldito!!

RAQUEL. No es un porvenir de gloria.  
(RAQUEL vuelve á su sitio.)

Ya tienes el desengaño  
de lo que fué y es tu suerte...  
ahora te diré tu muerte:  
morirás dentro de un año;  
y en esta corta medida,  
de miserias un enjambre  
y gusanos, lepra y hambre  
acabarán con tu vida.

HERODES. (Aterrado.)

Ah! no... que eso es inaudito!  
hambre... gusanos... deshecho...  
antes yo mismo en el pecho...

(Haciendo la accion de clavarse un puñal.)  
horrible!... infame!... maldito!...

(Las tres palabras se estinguen rápidamente.)

RAQUEL. Aunque amagues impotente  
á tu vida, será en vano  
cual fué el desastre inhumano  
de tanto y tanto inocente.  
Que en su misterio profundo  
Jesus se libró de tí,  
y hoy te demuestra por mí  
ya la redencion del mundo.  
Vas á verla...

(Se adelanta al muro y toca en él.)  
HERODES. (Queriendo contenerla.) No, Raquel,  
que ya mi delirio estalla.

RAQUEL. Afuera la vil muralla  
y gloria al Dios de Israel!  
(Toca de nuevo con la vara.)

(Al decir RAQUEL «VAS Á VERLA,» toca con la vara en el muro y suena gran golpe de campana chinesca y cuando dice «DE ISRAEL,» se repite el golpe y transforma la decoracion.

Orquesta preparada: himno triunfal magnífico que una vez presentada toda la transformacion, se suspende un momento para dar lugar á la palabra de RAQUEL y al CORO que canta con una música melodiosa en el interior; y al concluir vuelve y sigue el himno hasta que cae el telon.

En el suelo, de rodillas, sobre nubes, ó guardando graciosas posiciones, vírgenes con arpas, cítaras, laudes y otros instrumentos análogos; y ángeles con guirnaldas, coronas, bandas y laureles: vírgenes y ángeles cantan el CORO.

Vision fantástica.—Suelo, bastidores y bambalinas son un esplendoroso arco de nubes caladas, transparentes y flotantes, salpicadas de astros luminosos de diversos tamaños.

Por ambos lados ó por escotillon, en primer

término aparecen dos grupos en fondo de nubes, de conchas ó de otro modo que producen gran efecto.

El primero es la puerta del Paraiso, en el momento de ser lanzados Adán y Eva por el Angel que está detrás con una espada de fuego: nuestros primeros padres se hallan envueltos en una nube que les vela hasta cerca de los hombros: sobre la puerta un gran lema con letras brillantes en que se lea—EL PECADO.

El segundo es el Diluvio, con el arca de Noé sobrenadando y prócsima á detenerse, y en ella el patriarca con la paloma en la mano: sobre este grupo que está en medio de las tinieblas, otro gran letrero que diga—EL CASTIGO.

En grupos ascendentes por ambos lados ó del fondo y sobre nubes flotantes en 1.º, 2.º, 3.º y 4.º termino, patriarcas y reyes: los de la izquierda, teniendo cada uno en su atributo escrito el nombre: ABRAHÁN, ISAC, JACOB, MOISES, DAVID, JOSUÉ.

Los de la derecha serán profetas, que llevarán tambien escrito el nombre: ISAIAS, DANIEL, ELIAS, MIQUEAS, JEREMIAS, EZEQUIEL.

Todos estos grupos aparecerán simultáneamente, mientras toca la orquesta el himno.

Por último del fondo del centro sale y se eleva en una inmensa nube de cambiantes sembrada de ángeles, flores y brillantes estrellas, el NIÑO JESUS, de pié sobre el mundo, la cruz en la mano derecha y en ella el AGNUS DEI: y en la izquierda el canastillo con todos los atributos de la Pasión: un rádio inmenso de luz Dumont envuelve esta figura, y sobre el mundo con caracteres magníficos se leerá la palabra —REDENCION.

Todas las figuras deben ser naturales, y

representados por actores y acompañamiento.

Fuera del rádio multitud de ángeles que rodean la nube del Niño: detrás nubes rojas con variados rayos de luz en que se ván elevando sucesivamente los Santos Inocentes.

Por la techumbre de este cuadro, asoman multitud de ángeles con lámparas que descienden á los lados y al centro, pendientes de gasas y flores: luces de diversos colores dán brillantéz á esta escena.

Cuando ya está presentada toda la situacion, la orquesta suspende el himno y habla RAQUEL.)

## ESCENA ÚLTIMA.

RAQUEL,—HERODES—y todos los demás personajes de  
critos.

HERODES. (Asombrado y dando pasos atrás.)  
Ah!... ah!...

RAQUEL. Herodes! Mira aquí,  
tú, del bien siempre enemigo,  
el Pecado y el Castigo  
y la Salvacion allí.  
Y Dios te manda que encorbes  
tu cuerpo á su poderío:  
humíllate, rey impío!!  
ante el Señor de los orbes.  
(HERODES se vá dejando caer involuntaria-  
mente hasta quedar de rodillas.)  
Y bendice la mision  
con que su planta divina  
huella el mundo, á que ilumina  
la *Luz de la redencion*.  
(RAQUEL cae tambien de rodillas: música in-  
terior al momento y coro en la escena de án-  
geles y vírgenes.)



CORO.

La ventura de la tierra  
con el hombre  
vaya en pos;  
y la culpa redimida  
cante siempre  
«Gloria á Dios.»

(Al empezar el coro, dos nubes que salen de la tierra envuelven lentamente las figuras de RAQUEL y HERODES; y al terminar aquel, la orquesta siguiendo la nota que quedó suspendida, continúa el himno y cae pausadamente el telon.)

FIN DEL DRAMA.



## NOTAS.

---

Cuando alguna empresa ponga en escena esta obra, puede anunciarla, si gusta, añadiendo en los programas lo siguiente:

Cada acto tiene su título particular:—1.º **La elevacion de los pastores.**—2.º **Llegada de los magos.**—3.º **Nacimiento y adoracion de los reyes.**—4.º **La degollacion de los inocentes.**—5.º **Sentencia de Herodes y Redencion.**

---

En la página 33 hay esta redondilla que dice ISAC.

Ella con bondad distinta;  
él implorando clemencia:  
ella sufriendo paciencia;  
él anciano y ella en cinta.

Debe ser sustituida en la representacion por la siguiente, cuya espresion queda al estudio del actor.

Ella con bondad distinta:  
él implorando clemencia:  
ella con santa paciencia:  
él anciano!! y ella en cinta!!...

---

Aunque al principio de esta obra se dice que los versos marcados con esta señal \* deben suprimirse en la representacion, queda al inteligente juicio de los directores de escena utilizarlos en todo ó parte, si creen que no han de languidecer las situaciones y por lo tanto hacerse pesadas al público.

---

La música de este drama pertenece á don Enrique del Pino: las empresas que gusten ponerlo en escena y adquirirla, pueden dirigirse al mismo señor, teatro de Cervantes, Málaga.

## CENSURAS.

---

Málaga 2 Diciembre de 1862.—Puede permitirse la publicacion y representacion de este Drama, que juzgo perfecto, así en la parte religiosa y moral, como en la literaria.

DR. VICENTE TUDELA.

*Canónigo Lectoral.*

Obispado de Málaga.—Málaga 2 Diciembre 1862.—Por lo que á nos toca concedemos licencia para que pueda imprimirse y representarse el drama titulado HERODES, compuesto por don Ramon Franquelo, mediante á que de nuestra orden ha sido examinado y aprobado por el Sr. Dr. D. Vicente Tudela, Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia Catedral, segun se espresa en la anterior censura, resultando que no tiene cosa alguna contraria al Dogma Católico y sana moral.

*P. A. de S. E. I.,*

D. JUAN GARCIA Y GUERRA,  
Gobernador.

---

Habiendo examinado este drama no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 5 de Diciembre de 1862.

*El censor de teatros,*

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Gobierno de la provincia.—Málaga.—El Ilustrísimo Sr. Subsecretario del Ministerio de la Gobernacion del Reino, con fecha 6 del actual, me dice lo que copio:

«De Real orden, comunicada por el Sr. Ministro de la Gobernacion, devuelvo á V. S., para los efectos consiguientes, la obra dramática titulada HERODES, la cual ha sido examinada por el censor especial de teatros, con cuyo dictámen, puesto en la misma, ha tenido á bien S. M. conformarse.»

Lo que traslado á V. para su conocimiento y satisfaccion, con devolucion de la obra citada.

Dios guarde á V. muchos años.—Málaga 8 Diciembre de 1862.—Antonio Guerola.—Sr. D. Ramon Franquelo.

## OBRAS DRAMÁTICAS

escritas por el mismo autor.

---

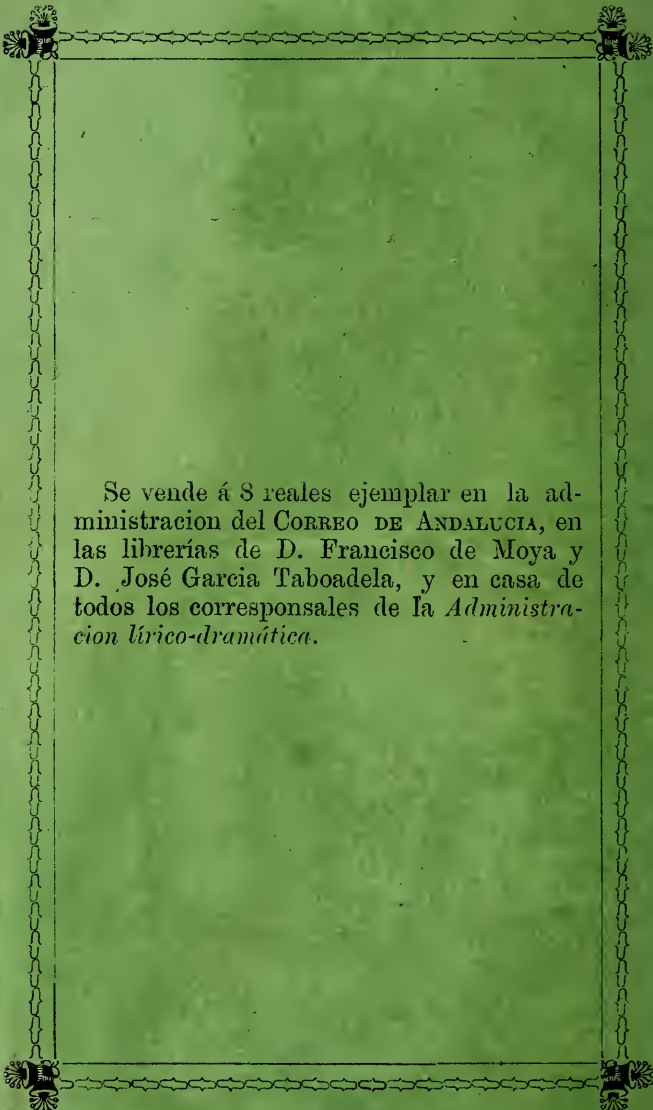
ACTOS.

---

El que se casa por todo pasa:— <i>verso y prosa</i> —en.....	1
De tal palo tal astilla:— <i>verso</i> .....	2
El alcalde de Benamocarra:— <i>verso</i> .....	1
El valiente Campuzano ó Catuja la de Ronda.—Refundicion:— <i>verso</i> .....	3
El Capitan recluta:—prólogo del Corazon de un bandido:— <i>verso</i> .....	1
El corazon de un bandido:— <i>verso</i> .....	1
Treinta dias despues:—segunda parte:— <i>verso</i> .....	1
El amor de un rey:— <i>verso</i> .....	1
Maria ó la flor de Estepa:— <i>verso</i> .....	4
Doña Juana la loca:— <i>verso</i> .....	6
La guirnalda:— <i>verso</i> .....	1
Dos y ninguno:— <i>verso</i> .....	1
Matias:—parodia de Macias:— <i>verso</i> .....	1
El pueblo soberano:— <i>verso</i> .....	3
La traicion de Bocanegra:— <i>verso</i> .....	2
Un secreto espantoso:— <i>prosa</i> .....	1
Los ojos de una reina:— <i>verso</i> .....	4
Atrevimiento y fortuna:— <i>inédita</i> :— <i>verso</i> .....	3
Pluton y Proserpina: zarzuela:— <i>prosa y verso</i> .....	1
La luz del Tajo:— <i>verso</i> .....	3
De la muerte á la vida, zarzuela:— <i>verso</i> ..	2
El grito español, zarzuela:— <i>verso</i> .....	1
Herodes:— <i>verso</i> .....	5
Una promesa:— <i>inédita</i> :— <i>verso</i> .....	1







Se vende á 8 reales ejemplar en la administración del CORREO DE ANDALUCIA, en las librerías de D. Francisco de Moya y D. José Garcia Taboadela, y en casa de todos los corresponsales de la *Administracion lírico-dramática*.